La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 16 de mayo de 1892 — Núm. 542

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

En el próximo número empezaremos á publicar, en la sección de novela ilustrada, la preciosa novela EL FONDO DE UN CORAZÓN, de Marco de Chandplaix, ilustraciones de Emilio Bayard



CORTESÍA, dibujo de H. Vogel

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

En otro tiempo aguardábamos el mes de mayo como un rejuvenecimiento de la naturaleza y como una esperanza del corazón y como un renuevo así de savia en las vegetales fibras como en las venas humanas de sangre caliente, al beso de las tibias auras, y al rayo del sol espléndido, y al eco de los arroyos parleros concertados con el pío de los nidos repletos, entre los primaverales efluvios de vida nueva que suben, como los vapores de un regocijante licor, hasta las alturas del alma. Flores de mayo, aleluyas de regocijo, serenatas de novios, florecimiento de arbustos, aromas de rosas, arpegios de ruiseñor traíannos esperanzas de inmortalidad con sólo mostrarnos que dentro de este universo, donde todo se rehace y renueva, tanto en el tiempo eterno como en el espacio infinito, no puede morir de manera ninguna el alma humana, cuya esencia lo esclarece con etéreas irradiaciones de sus luminosas ideas. A mis ojos el mes de mayo se presenta de suyo así con las espigas en las verdes cañas de trigo; las amapolas encarnadas junto á los amarillos jaramagos; el manzano cubierto de guirnaldas rosáceas cual el albaricoquero de frutas prontas á su madurez; por los naranjales azahar á guisa de perfumadísimo nevasco; so las palmas polen, de vida henchido; las fresas, como corales, entre las hojillas aterciopeladas; las luciérnagas al borde de los arroyuelos y las mariposas sobre los ramilletes de las florestas; el seto de granados y de nopales en flor alrededor de las viñas con sus festones de pámpanos recién venidos; en los altares la Virgen Madre rodeada de ramos, y entre los festejos litúrgicos la feliz Ascensión de nuestro Señor á los cielos incensado por todos los aromas juntos, y la bendición de los campos cumplida entre letanías de amor y esperanza por cruces compuestas de olientes y fresquísimas rosas. ¿Quién había de decirnos que tal mes pudiera trocarse nunca en mes de angustia y que debiéramos con recelo aguardarlo, escuchando en vez de las escalas del gorjeo universal, esos estallidos secos de la dinamita que hielan de terror á las poblaciones dementadas? Pues tal fenómeno producen los alientos dados por escuelas de sofistas y gobiernos de césares á una tan dañosa neurosis como la que alimentan los trabajadores pidiendo al gobierno y á las leyes designaciones oficiales de las horas de trabajo, después que sacrificios innúmeros ha consumado la humanidad para que pudiesen disponer los infelices de su tiempo y de sus brazos por virtud de sus derechos individuales en el seno de una sociedad compuesta y sostenida por las misteriosas afinidades generadas en el sacrosanto principio de la humana libertad. Así yo creo de mi deber decirle al pueblo trabajador de todas las maneras y todos los días, cuán equivocado anda, si libra sus progresos posibles á ideas tan reaccionarias como las contenidas en los sistemas comunistas, que se reducen á rehacer un imperio asiático, en cuya cumbre relampaguee un César Pontífice y á cuyos pies vegete una tribu comunista. Los escritores liberales tienen la obligación de recordar al elemento social de abajo cómo yerra en sus utopias, á la manera que le dijeran en tiempos de tiranía sin rebozo al elemento social de arriba cómo pecaba contra la humanidad y contra Dios con sus protervos privilegios. Y los gobiernos tan culpados de la triste agitación socialista imperante se hallan en el caso de recordar á los jornaleros hasta dónde pueden llegar las facultades propias del Estado en pro suyo, y no exacerbarlos ni enardecerlos con aparatosas juntas de reformas sociales inútiles y proyectos de leyes baldíos, cuando no dañosos y contraproducentes. Yo cumplo con toda fidelidad el deber que me atañe; yo le digo á las clases de abajo cómo no pueden esperar de arriba nada más que los respetos debidos al derecho; pues el socialismo, tan aupado ahora, contradice por completo la naturaleza humana y hiere todos los intereses públicos en general, pero con particular especialidad los intereses populares.

II

El socialismo tendrá podrida siempre la raíz, porque prescinde completamente de la naturaleza humana, y radica en su falsificación manifiesta ó en su desconocimiento. Las armonías en los fines colectivos jamás podrían concertarse de ningún modo sin la diferencia y diversidad patente de aptitudes. Y la diversidad de aptitudes trae consigo la diferente intensidad en el trabajo, y la diferente intensidad en el trabajo trae consigo la diferencia y la diversidad en los premios. Indudablemente no habría ciencia, si no pudiera recoger y sistematizar los elementos universales de las ideas y de las cosas; como no habría justicia, si no pudiera recoger y sistematizar los principios fundamentales del derecho. Pero así como las ciencias anatómicas no podrían existir ni dar leyes generales si quisieran apreciar lo que hay de diverso en los esqueletos, unos pequeños y otros grandes, éstos más sólidos que aquéllos, varios y con muchas excepciones, pero todos idénticos en lo fundamental; ¡oh! la justicia no podría existir si en vez de fundarse sobre lo que hay de común en el derecho, buscara lo que hay de diverso en las inclinaciones y en las aptitudes. Identidad de recompensas, identidad de pagos, identidad de premios, ¡qué locura! Si no estamos acordes ni siquiera en lo que sea recompensa y premio, ¿cómo lo estaríamos en sus precios y en la distribución de estos precios? Para unos está el premio en la gloria, para otros en el dinero. Hay quien, muy rico, recoge las colillas, y quien, muy pobre, os apedrea con la mayor facilidad á onzas de oro. El imprevisor no puede allegar la tranquilidad en el discurso de su vida y las economías en el número de sus intereses á que llega un previsor y ahorrativo. Se dan gentes capaces de convertir, como el rey Midas, las piedras en oro, y gentes capaces de tener á su lado el río Pactolo y no verlo ni oirlo. Luego excuso traer á las mientes cómo se diferencian los buenos de los viciosos, el económico de quien dispendia en juegos y borracheras todos sus intereses. El socialismo suprime la humana responsabilidad, y atribuye á la pésima organización de las sociedades humanas desgracias en parte fatales ó desgracias en parte voluntarias y conscientes, hechuras legítimas del propio particular albedrío. Si una sociedad tiene la obligación de remediar la diferencia de fortuna, también tendrá obligación de remediar la diferencia entre un gimnasta y un tullido; entre un pintor y un ciego, entre un forzudo y un enteco, entre un sordo y un músico, entre un orador y un tartamudo. La voluntad toma tal parte activa en labrar la propia fortuna, que, si tuviéramos una estadística, veríamos cómo la principal parte de los banqueros europeos han comenzado por pobres, y cómo una gran parte de los pobres hanse precipitado en el abismo de la miseria desde los altos montes donde campean las aristocracias y las grandezas y las clases depositarias en otro tiempo de la riqueza y de la potencia social. Mientras no hagáis la naturaleza humana completamente de nuevo, no introduciréis las ideas socialistas, ni en las instituciones ni en las costumbres. Decidme: ¿qué le dejáis á la naturaleza humana, cuál premio, si le suprimís el capital? ¿Quién trabajará, si no puede ganar; ni ganará, si no puede ahorrar; ni ahorrará, si no puede capitalizar; ni capitalizará, si no puede disponer de tamaño capital á su antojo? Quitar el capital para prosperar el trabajo en la economía general, equivale á quitar el Océano para prosperar la humedad en el suelo y la lluvia en lo alto. Será el capital todo lo malo que se os antoje, como será el Océano todo lo amargo y todo lo acerbo que os diga vuestro gusto. Pero si quitarais el mar, ya no habría recipiente que guardara las aguas destiladas del planeta, ni laboratorio que produjese las lluvias del cielo; como si quitarais el capital, no tendría dónde ir ni de qué mantenerse tampoco el vivificante trabajo.

III

La idea de propiedad es una idea connatural á nuestra especie. No queremos en realidad sino aquello que nos apropiamos con plenitud. Decimos mi Dios, mi amor, mi madre, mi patria, mi religión, dando así á los afectos más altos y más tiernos la forma y la organización de propiedad. Si le quitáis á ésta los caracteres de propia, procedéis con ella cual procedían nuestros honrados abuelos con los bienes mostrencos. Si no tenéis el placer moral de transmitirla después de vuestra muerte á vuestros hijos, ¿para qué trabajar en tiempo tan limitado como la vida humana y con tan cortas necesidades como las necesidades individuales? El animal trabaja para sí, mas el hombre trabaja para sus generaciones y para lo porvenir. Casualmente una de las mayores pruebas de su inmortalidad se cifra, la mayor acaso, en el afán con que apercibe tiempos en los cuales no vivirá; con que anticipa goces entre cuyo saboreo y su persona se levantan el sepulcro y la muerte; con que ama generaciones que acaso no se acuerden de su nombre; con que se sobrevive á sí mismo y prepara para lo suyo, para lo que ha granjeado y recibido, en la herencia, una relativa eternidad. El testamento significa la comunicación de unas generaciones con otras. El dios Término, el seto de la propiedad individual, la piedra del campo, servirán eternamente de base á la piedra del hogar, á la losa del sepulcro, á las aras del altar, á la existencia del Estado. Y lo que digo de la propiedad, dígolo de la concurrencia. Será todo lo mala que quiera el socialismo; asemejaráse á las leyes físicas en lo fatal; tendrá puntos de contacto con la guerra en lo asoladora; nos confundirá con las especies inferiores, quienes batallan entre sí en círculos concéntricos de odio y exterminio; hará de nosotros el hambriento lobo que se come á las ovejas, ó el tigre que despedaza las jirafas, ó el milano que coge palpitante la paloma blanca inocentísima y se la engulle voraz cuando no ha hecho mal á nadie; pero así como no podéis evitar las batallas vitales, ni que unos seres vivan de la destrucción de otros seres; como no podéis evitar que vuestro nacimiento haya costado lágrimas y dolores al ser más querido, á la madre; que los males, de nuestra contingencia propios, adoloren el cuerpo, y los desengaños el alma; como no podéis evitar que la muerte con su eterno silencio y su frialdad eterna corone y remate por medio de un enigma indecible y de un abismo insondable vuestra vida, no podéis evitar que donde no hay competencia, no haya producto; que donde no hay emulación vivaz, no haya arte ni ciencia; que donde no hay dolor, ni pena, ni fatiga, no haya trabajo creador; lo cual se os ha demostrado paladinamente con aquellos esenios y ebionistas que no han dejado una huella de su paso por el desierto; con aquellos hermanos de Moravia que se han petrificado cual especies fósiles en su organismo antihumano; con aquellos gobiernos conventuales de los jesuítas y del doctor Francia, que han llevado la barbarie, la ignorancia, la esclavitud á territorios edénicos, cual ese Paraguay, cuyo atraso manchó las constelaciones brillantes de las Repúblicas americanas, en demostración de que hasta la tierra más vívida y más bella se afea y se corrompe y se inficiona de ponzoñas múltiples, y da la esclavitud y la barbarie, si no la fecunda un trabajo, fecundo á su vez por las porfías y por las luchas que trae consigo la humana libertad.

IV

Pero nunca los utopistas podrán entregarse y rendirse á estas consideraciones, cuya verdad tocarán en su experiencia, sin verla con el propio entendimiento. Por algunos años tendremos numerosas manifestaciones, mientras el tiempo no las desconcierte, como desconcertó ayer la solidaridad de intereses y la uniformidad de salarios imaginados por la grande asociación internacional de trabajadores. Sí: al ver los jornaleros su ineficacia, se acabarán las manifestaciones anuales. Disminuirán al influjo de la libertad, como disminuyó el número de los cartistas, que tanto miedo metían en Inglaterra medio siglo hace, al influjo de las reformas electorales. Por eso el socialismo decrece á medida que crece la libertad. No tiene poder alguno en América ú Inglaterra. Donde más asusta es allí donde menos habla, en Rusia. Tras Rusia viene Alemania. Como la sombra del manzanillo tropical produce la muerte, produce la utopia el imperio cesarista. En Suiza, donde la libertad y el sufragio universal aseguran la paz y el progreso pacífico indispensables á los ciudadanos, el socialismo está representado por extranjeros; mientras en Bélgica va creciendo por la carencia del sufragio universal y por el arraigo de las supersticiones reaccionarias. Entre nosotros apenas pasa de comarcas, como la campiña jerezana, donde no alcanza la fuerza y el número que antaño, y en todas partes dimana de los armamentos excesivos y de los tributos gravosos que arrancan el pan de la boca de los pobres y extirpan la producción en sus raíces. Relaciones mercantiles amplias, desarme universal inmediato, rebaja en los consumos gradual, aplicaciones de la libre actividad y del derecho de asociación á prosperar las coparticipaciones del salario en los provechos y á la cooperación voluntaria por todos al trabajo de cada uno, prosperarían la suerte del pueblo más que teorías tan descabelladas como el colectivismo y procesiones tan baldías como las del primero de mayo. ¡Dios lo quiera!

Madrid, 6 de mayo de 1892

LA GRAN GUERRA DE 1892

UN PRONÓSTICO

(CONTINUACIÓN)

SE SALVA PARÍS

DERROTA Y RETIRADA DE LOS ALEMANES

(De un corresponsal de París.)

París, 28 junio.

La situación parece inexplicable, el enemigo está á las puertas; las avanzadas han debido retirarse, y dícese que dos fuertes acaban de rendirse. Durante todo el día se ha visto entrar en París una larga procesión de vehículos, cargados de todos los efectos de mobiliario imaginables y seguidos de una multitud de ciudadanos desconsolados, que llegaban por todos los puentes útiles. El Bosque de Boulogne es un inmenso campamento, y cada árbol de los bulevares sirve de refugio á una de las familias que llegan. Se ha murmurado mucho sobre la intervención del Gobierno respecto á los generales, y asegúrase que la diversidad de consejos y el hecho de haberse negado aquél á dar carta blanca al general Saussier en sus operaciones es lo que ha conducido á las derrotas sufridas en Bélgica. Según costumbre, una considerable multitud se ha reunido esta mañana ante las Tullerías, pidiendo á gritos la deposición del presidente, y anúnciase que dos empleados del Gobierno han sido maltratados; pero la demostración, debida sin duda á los *provocadores alemanes*, se ha interrumpido muy pronto cuando dos escuadrones de la guardia republicana han avanzado al trote por el bulevar.

La ejecución de los siete jefes anarquistas, que se efectuó tres días hace, parece haber producido el más saludable efecto. He tenido una entrevista con el secretario particular de Mr. Freycinet, y al parecer no le ha inquietado el estampido del cañón alemán más allá del río. Al oir mis observaciones sobre la gravedad de la situación, me contestó con una sonrisa que, si bien Nueva York y Filadelfia estuvieron ocupadas una vez por el enemigo, no por eso dejó de ser un hecho consumado la revolución americana Cuando estábamos hablando pasó el carruaje del presidente á toda prisa, y pude ver bien al ciudadano que desempeña el envidiable cargo de primer magistradó de la República. No revelaba su rostro señales de inquietud, y hasta creo que la sonrisa que entreabría sus labios electrizó á la multitud, pues jamás había oído tan atronadores aplausos como los que le saludaron al pasar.

La misma expresión de confianza se nota en todos los ministros que he encontrado hoy. Solamente el porvenir podrá decirnos si hay algo que justifique esta actitud; mas por el pronto debo convenir en que, á pesar de la derrota de Machault, del rápido avance de los alemanes sobre la capital y de la ocupación de Rheims, el espíritu de la nación francesa no está nada abatido. Mis amigos militares aseguran que en Machault fueron batidos por fuerzas muy superiores en número. Dicen también que el movimiento en Bélgica se efectuó tan sólo con objeto de hacer una demostración, y que el jefe se excedió en sus atribuciones al librar una verdadera batalla contra un enemigo cuyas fuerzas eran mucho más considerables. En cuanto á la toma de Rheims, guardan obstinado silencio, y la noticia de haber sido destrozadas dos divisiones cerca de Bar-le Duc se acoge con sonrisa de incredulidad. Aunque admitiendo que muchos heridos se hallan en poder de los alemanes, uno de los ayudantes del general Saussier observó que esto no sería dificultad para hacer una corta visita al Rhin, y añadió: *¡Veremos lo que veremos!*

Junio, 29 (á las seis de la mañana)

Ahora vamos viendo que la sonrisa del presidente de la República tenía su razón de ser. París se ha salvado tan dramáticamente como Andrómeda, siendo el general Negrier el Perseo. A eso de las dos de la madrugada de una tranquila noche de verano se ha interrumpido de pronto el silencio; dominando el ruido de los carros y furgones que pasaban por los bulevares, percibíanse sonidos inequívocos, algo como el sordo rumor de la batalla, y el horizonte oriental parecía iluminado por las luces del Norte. Los brillantes focos de las lámparas eléctricas de los fuertes fulguraban á través de la obscuridad, y más allá oíase de continuo el ronco estruendo de la fusilería. Montado en un buen caballo, corrí á la puerta de



La gran guerra de 1892.—La caballería francesa cargando contra la infantería prusiana

Saint-Mandé, mas no pude pasar de allí, pues con mucho acierto habíase dado la orden de mantener el camino despejado para el caso de que las tropas debieran emprender la retirada, y por otra parte los carros de municiones y las ambulancias interceptaban el paso á los curiosos. El alto parapeto del antiguo recinto estaba ocupado por ansiosa muchedumbre, que trataba de penetrar la obscuridad con sus miradas, inmóvil y silenciosa. De vez en cuando, el estrépito de la batalla parecía acercarse más; tal vez se debiese esta circunstancia á un cambio en la dirección del viento; pero las exclamaciones mal reprimidas de la multitud y sus impulsos contenidos demostraban claramente su excitación. Después seguíase una breve calma, y á poco renovábase el estruendo, pero más lejos que antes, cada vez más lejos, hasta que al fin pareciónos distinguir sonidos de clarines y de redoble de tambores, que la brisa llevaba hasta nosotros, acompañados de un clamoreo inmenso, muy semejante á un largo grito de triunfo. ¿Quién había vencido? No lo sabíamos á punto fijo; pero la multitud que allí estaba respiró más libremente, como si no dudara de ello. Al amanecer vimos llegar al galope, en dirección á la puerta de Saint-Mandé, un oficial de estado mayor, que llegaba del campo de batalla, y entonces supimos que la guarnición de París había derrotado completamente al enemigo, confiado en demasía, y que las pruebas del año anterior en operaciones ofensivas durante la noche alrededor de la capital, habían dado todos sus frutos. Mientras escribo estas líneas llegan las ambulancias una tras otra, y seguidas de largas columnas de prisioneros alemanes, sucios, con los pies llagados y ennegrecidos por la pólvora, lo cual indica hasta qué punto ha sido empeñada la lucha y completa la victoria.

(Ultima hora.)

He tenido oportunidad de hablar con algunos de los prisioneros alemanes: uno de ellos, persona á quien he conocido en Wáshington y Boston, dice que las tropas estaban extenuadas por el excesivo trabajo de los días anteriores, y creyendo que los franceses estaban acobardados, quedaron sorprendidos por el repentino ataque del general Negrier. Censura la imprudencia de los jefes en su empeño de avanzar sobre París, teniendo aún considerables ejércitos en el campo que flanqueaban sus comunicaciones. Parece que antes del ataque se había recibido noticia de que acababan de sufrir un gran desastre los tres cuerpos de ejército cerca de Bar-le-Duc, y esto fué la cabeza de Medusa que paralizó el vigor de resistencia de los alemanes. Todos los prisioneros repiten: «¡Oh! Si estuviese aquí Von Moltke, aunque no fuera más que una hora!» Otro oficial, un bávaro, estaba muy sorprendido por la noticia publicada en los diarios ingleses sobre grandes victorias de los alemanes en el Este: dice que los movimientos de los franceses no eran sino reconocimientos con bastantes fuerzas, que dos veces avanzaron demasiado y que los alemanes sufrieron considerables pérdidas. Se ha exagerado mucho el número de prisioneros que hicieron los alemanes; los más son heridos graves y causa de molestia para sus aprehensores. El oficial bávaro no parece profesar cariño al emperador. Se burla de su «misión divina,» y dice que él y sus compatriotas están cansados del predominio de Prusia.

(A las cuatro de la tarde.)

Los alemanes se han declarado en completa retirada: las fuerzas que anoche amenazaban la capital por el Oeste han sufrido una gran derrota, gracias á la pericia del general Negrier, y París vuelve á ser lo que era. Un individuo del Gobierno me dice que el general Saussier, obrando por consejo de Miribel, había resuelto desde un principio dejar al enemigo que se lanzase al ataque, seguro de que, creyendo los alemanes que las tradiciones de 1870 se repetirían también esta vez, caerían sobre París, con esperanza de acabar la guerra de un solo golpe. El emperador parece haber esperado mucho de las discusiones interiores de Francia; «pero, dice el ministro, cuando los aristócratas condescendieron, aviniéndose á ser republicanos, Francia volvió á ser una nación. En 1870 teníamos federales y confederados, imperialistas y radicales; mas hoy, las diferencias políticas significan tan poco como en América.»

AVANCE DEL GENERAL GALLIFFET

Á LA VISTA DEL ENEMIGO

(De un corresponsal americano que va con el ejército francés.)

Chaumont, 29 junio (á las diez de la noche)

Al fin se levantó la retención impuesta á toda la correspondencia desde el 30 de mayo, y los corresponsales pueden enviar libremente sus telegramas sin restricción en cuanto al asunto ó al número. Desde el 25 de mayo hasta diez días hace, el magnífico ejército del general Galliffet ha permanecido quieto en su campamento fortificado de Langres, Epinal y Belfort, y hasta nuestra caballería no ha tenido más ocupación que practicar algunos reconocimientos por el Norte, el Este y el Oeste. Los alemanes, aunque según se dice cuentan con fuerzas considerables en las inmediaciones de Bar-le-Duc, no han intentado nada.

Sorprende ver con qué paciencia los soldados franceses sufren esta inactividad pasajera; pero todos tienen la mayor confianza en el héroe de Sedán, jefe de mucha inteligencia. Sin embargo, los franceses son por naturaleza inquietos, y la disciplina pasó por una ruda prueba cuando trascendió el rumor de que los alemanes avanzaban sobre París. No obstante, el general Galliffet, gracias á sus acertadas órdenes del día, manifestando el error de los alemanes al avanzar sin haber asegurado antes sus comunicaciones y á la oportunidad en aumentar las fortificaciones de la capital, no apeló en vano á la inteligencia militar del ejército.

Como quiera que sea, el vehemente y unánime deseo de las tropas de llegar pronto á las manos con sus detestados enemigos fué casi irresistible el día 20 de junio, y con dificultad hubiera podido el general retardar el movimiento para otro día.

Mucho antes de amanecer el día 20 la marcha comenzó, y por espacio de una semana se vieron avanzar por los magníficos caminos que se prolongan á través del fértil país al Oeste del Mosela las largas columnas, cuyos hombres todos mostrábanse impacientes en su afán de comenzar la batalla. Gracias á la buena marcha de la infantería francesa de hoy día y á la experiencia del estado mayor, el movimiento de 200.000 hombres con más de 700 piezas de artillería es juego de niños. Las marchas son fatigosas y el polvo muy molesto; pero obsérvase el más completo orden y regularidad. Las ambulancias están vacías; y á pesar de su molesto equipo, los tiradores y la infantería ligera, con sus capotes azules y su pantalón rojo, avanzan alegremente, riendo y cantando, sin temor á lo que puede sucederles. Saludábase con aclamaciones al general cuando, activo como el más joven de los subalternos, á pesar de sus sesenta y dos años, pasaba lentamente, montado en su magnífico caballo, por delante de los regimientos.

En la mañana de ayer los destacamentos de caballería llegaron presurosos para anunciar que á la distancia de veinte millas, marchando de frente, los prusianos avanzaban también; y aquella misma noche tuvimos el primer presagio de la tempestad, pues llegaron dos ó tres ambulancias llenas de heridos y media docena de uhlanos prisioneros. Esto bastó para que cesaran los cánticos y las risas; reinó el silencio en las columnas, y á la loca excitación de antes sucedió una expresión grave y resuelta. Los vivaques estuvieron tranquilos aquella noche; los soldados se reunieron en pequeños grupos alrededor de las hogueras, y muchos se ocupaban en limpiar sus carabinas.

Anoche, cuando estaba en mi humilde alojamiento con dos oficiales de estado mayor, en casa del cura de Maison d' Or, recibí un aviso del comandante del batallón de cazadores, que hacía tres días avanzaba con sus fuerzas, diciéndome que podría ir á reunirme con él al día siguiente. No era probable, según me dijeron mis amigos, que los dos ejércitos se encontraran tan pronto, y por lo tanto, tendría tiempo suficiente para llegar.

En su consecuencia, antes del amanecer hallábame yo en un pueblecillo, consistente en media docena de granjas, con graneros y jardines, la iglesia y la taberna. Allí estaba también uno de esos batallones de preferencia del ejército, el de cazadores de á pie, los cuales se jactan de que ninguna caballería podría dejarlos atrás ni hacer nada sin ellos.

El pueblecillo está cerca de un valle, de tres millas de anchura, que se corre de Este á Oeste, con una larga cordillera al Sud y otra al Norte; hay viñedos y patatares, pero sin cercas ni paredes y separados por simples linderas.

Desde la torre de la iglesia, donde hallé á modo de un observatorio bastante alto, con una estrecha ventana, podía ver, á través de la bruma, varios escuadrones de caballería que avanzaban de frente, y detrás del pueblo tres regimientos de dragones, desmontados y junto á sus caballos. Por la parte del Norte oíase á largos intervalos algún tiro, y no tardaron en llegar rápidamente varios mensajeros. Una cosa me llamó mucho la atención, y fué que, á pesar de hallarme yo en medio del pueblo, apenas se veía un cazador, y pasé algún tiempo antes de que descubriese en los huertos varios uniformes azules y á veces un kepis en las ventanas de las granjas.

ENCUENTRO DE CABALLERÍA

Cuando los rayos del sol difundieron más claridad, vi que las pendientes de una loma opuesta, situada á cosa de una milla, se llenaban de grupos de jinetes, los cuales avanzaban al parecer rechazando á nuestros exploradores. Hasta los escuadrones aislados comenzaban á retroceder, y entonces divisé, en la salida de un bosque, una compacta multitud de hombres y caballos y el brillo de varios cañones. La explosión de las primeras bombas hizo entrar nuestra caballería en acción. Dos baterías sepáranse al punto de la retaguardia, y desde un montecillo que hay á la izquierda del pueblo, nuestros cañones contestan muy pronto á la provocación del enemigo. Entonces resuena el clarín, los dragones montan, y precipítanse al galope hacia un repliegue del terreno, que les permite preservarse mejor. El movimiento no ha pasado inadvertido á los exploradores alemanes, que vuelven presurosos á la colina, y á los pocos momentos divísase en el horizonte del Norte una obscura masa de caballería. Los rayos del sol se reflejan en las lanzas; el clarín vuelve á resonar, y nuestros mil ochocientos dragones emprenden su movimiento para ir al encuentro del enemigo. Los regimientos de la retaguardia toman posición á cada flanco, y todos los sables brillan al aire. Los húsares se retiran rápidamente á la izquierda de los cañones, y el campo queda libre para el choque de las opuestas masas. El espectáculo me excita; los rayos del sol se reflejan en los cascos de los franceses, y la obscura masa azul que se ve á una milla de distancia sigue avanzando como la rompiente de un mar tempestuoso. Las lanzas se inclinan todas á la vez; la prolongada línea cambia de dirección; veo á los oficiales volviéndose en sus sillas, al frente de sus escuadrones, señalando al enemigo con sus espadas; dentro de pocos segundos debe producirse el choque; pero de repente observo con espanto á la vez que enojo que los franceses acortan el paso, y antes de que pueda preguntarme la razón, la caballería vuelve grupas y precipítase hasta más allá del pueblo como para ponerse en cobro. Por derecha é izquierda precipítanse escuadrones con frenético ímpetu hacia la mal empedrada calle, y entre el ruido que producen los cascos de los caballos de los escuadrones que huyen resuena el grito de triunfo del enemigo. Con las lanzas bajas, éste ha emprendido la persecución, y aunque la caída de una docena de jinetes interrumpe un momento la simetría, restablécese el orden, mientras que nuestros cañones se alejan siempre con toda la rapidez posible.

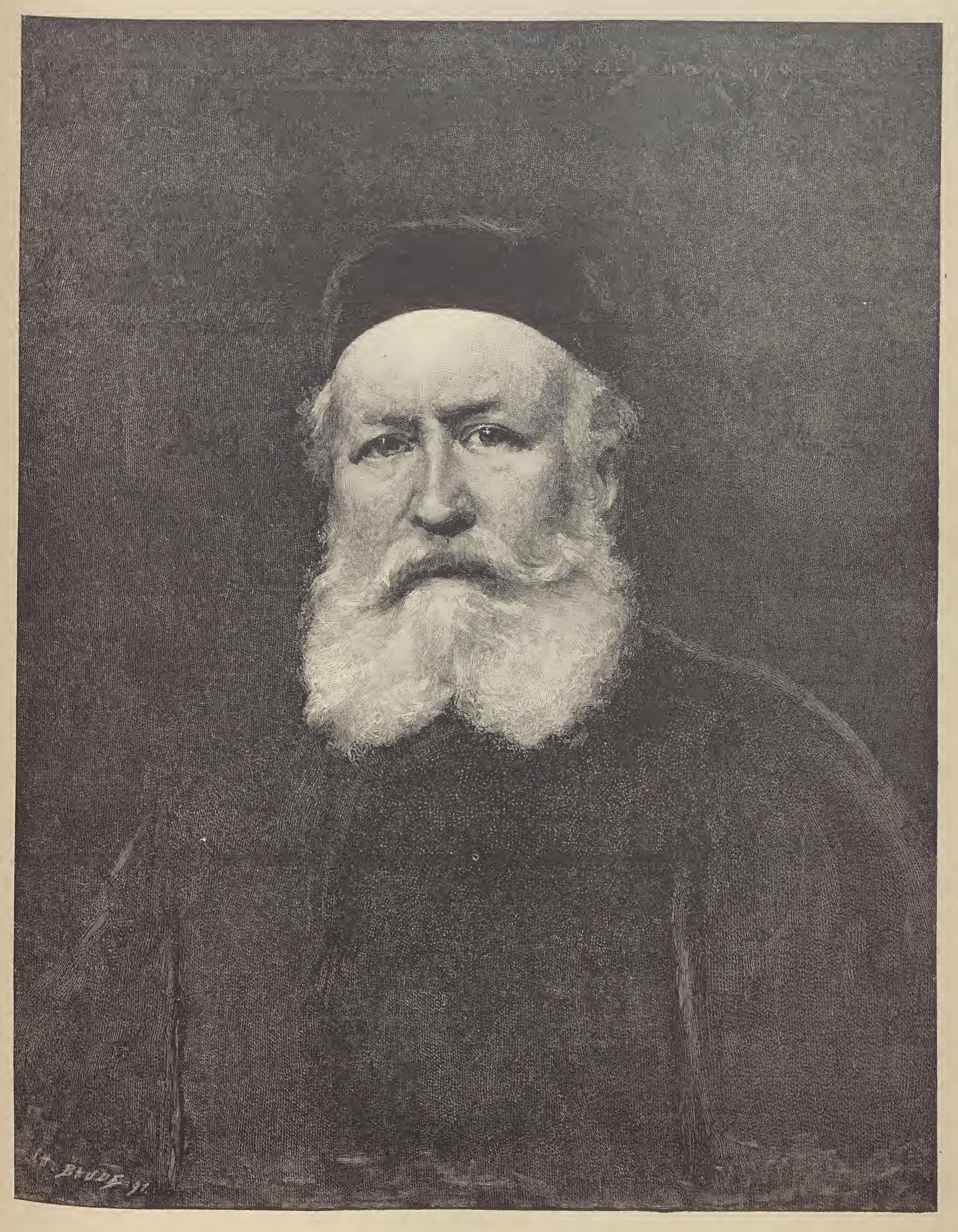
Supongo que los franceses están perdidos, á juzgar por la celeridad que llevan sus perseguidores, ansiosos sin duda de botín: una espesa nube de polvo se levanta delante de ellos, pero puedo ver las rubias cabezas de muchos de aquellos hombres, que ríen y gritan para celebrar su triunfo. De repente, el jefe, que así como Scarlett en Balaclava, se había adelantado mucho á sus tropas, se inclina hacia atrás en sus estribos, detiene el caballo en su carrera y levanta los brazos; mientras que el corneta, que se disponía á tocar, no tiene tiempo de acercar la mano á su boca, quedando los dos envueltos en un espantoso fuego de fusilería. Entonces me acordé de los cazadores que había visto en la huerta; los alemanes no podían sospechar su presencia allí, y la sorpresa fué tan completa como espantoso el desastre. Miles y miles de proyectiles penetran fácilmente en las compactas filas que tan orgullosamente avanzan celebrando su victoria, y alrededor del pueblo sobreviene una escena indescriptible. La matanza es tremenda, y á los pocos momentos los escuadrones que habían pasado tan brillantes y orgullosos retroceden en el mayor desorden, perseguidos de una parte por los dragones y de otra por los húsares. El valle se cubre á derecha é izquierda de una inmensa multitud de jinetes que huyen ó persiguen; mientras que las baterías alemanas de la colina disparan una bomba tras otra, sin distinguir al amigo del enemigo.

Poco tiempo tengo para reflexionar sobre la emboscada que tan hábilmente se ha tendido á los alemanes, porque mi amigo el comandante me envía á llamar, y no puedo hacer más que montar al punto en mi rocinante, al que dejan atrás muy pronto los cazadores que se retiran del pueblo. Los dragones vuelven también, y al mirar al través del valle, tan tranquilo una hora antes, veo los ensangrentados restos de la lucha. Tal fué la primera fase de la batalla del 29 de junio.

GRAN VICTORIA DE LOS FRANCESES

No tarda en levantarse el telón para que presenciemos el segundo acto del drama, y por nuestra parte ya están preparados los actores. Desde la cima de la loma á que acabamos de llegar se descubre un pai-

SALÓN DE PARIS



EL EMINENTE COMPOSITOR CARLOS GOUNOD

copia del retrato pintado por Carlos Durán, grabado por C. Baude

saje magnífico: verdes prados que se extienden hacia el río, cuya corriente se desliza entre arbolados por delante de las blancas casas de la ciudad; á trechos bosquecillos de altos álamos, más allá varios viñedos, y el blanco camino, con sus dos líneas de árboles, convertidos ahora en postes telegráficos, que corre en línea recta hacia el puente. A cada lado, formando cuadros en que predominan los colores azul y carmesí, viéndose brillar las bayonetas y cascos, hay un inmenso ejército, y aún siguen llegando largas columnas y cañones que se preparan para la batalla. Sobre la colina que oculta en parte este numeroso ejército á la vista del enemigo que avanza, hay tres baterías que truenan de continuo y hacia las cuales disparan los prusianos sus granadas. Se oye el silbido de la metralla y de los proyectiles, y á nuestro frente observo que los guerrilleros ocupan las pendientes, ocultos entre las viñas y arrodillados. Los cazadores están esparcidos á lo largo de la cima, y no veo en ella más fuerza; pero no puedo creer que el general Galliffet esté dormido. Sobre la ciudad se eleva un gran globo que se mueve graciosamente á impulsos de la brisa, y ahora recuerdo que el general se proponía observar así al enemigo. Si realmente está allí, sin duda verá las obscuras filas de guerrilleros que avanzan lentamente á través de la llanura. Debe saber también que hay al menos seis baterías en acción contra nosotros, y que varios hombres se hallan heridos en medio de las viñas.

Sin embargo, aún no se hace ninguna señal; dos oficiales de estado mayor permanecen junto á los tres álamos de la colina, y una de nuestras baterías retrocede, dejando un cañón atrás; la caballería ha comenzado á moverse más lejos, pero la infantería permanece en su puesto. El enemigo ha hecho alto á 1.200 varas de distancia; avanza su ala desplegada por el valle, y por el movimiento de las carabinas, más aún que por el estruendo de la fusilería, compréndese que hace un nutrido fuego. Llega una batería, y después otra; se ven varios caballos heridos; y después, como obedeciendo á una señal, las líneas alemanas avanzan, dirigiéndose el grueso de las fuerzas hacia nuestra izquierda, donde está el bosque; por la derecha distinguimos otras columnas, que al parecer se adelantan á paso de carga.

Dentro de diez minutos, ó acaso cinco, si los cazadores retroceden, el enemigo ocupará el valle, la ciudad y los puentes, siendo estos últimos lo más importante; pero muy pronto me tranquilizo sobre este punto: la tierra parece retemblar; largas líneas de cañones se precipitan al galope de los caballos por la suave pendiente, levantando nubes de polvo; mientras que las columnas de infantería se acercan á su vez, viéndose otras que van á reforzar la retaguardia. Los confiados alemanes, que se hallan á poco más de mil pasos de distancia, ven de pronto aparecer ante ellos, en el sitio que antes creían desierto, doscientos cañones que rompen el fuego casi simultáneamente.

Un momento después, el estrépido producido por la metralla y las bombas es atronador, y la infantería, colocada entre los grupos de cañones, barre la llanura con su nutrido fuego. La caballería se ha retirado detrás de la colina, y en los viñedos ya no queda nadie, mas por el aire se ven volar las hojas que las balas cortan á cada instante.

Los prusianos se detienen ante aquel ataque, y después retroceden; varias de sus columnas se desordenan bajo el fuego de metralla, desplegándose después en apresurada confusión, y todo esto sin que el más ligero humo de pólvora enturbie la brillantez del sol. En vano se envían nuevas filas de prusianos al frente y la caballería trata de avanzar, pues los numerosos hombres que caen obstruyen el paso. Inténtase reforzar la retaguardia, y los oficiales se esfuerzan para reanimar á sus soldados; pero de pronto desaparecen y ya no se les vuelve á ver. El fuego de los franceses comienza á ser más regular, y hace estragos en el enemigo. De repente veo un grupo que se dirige á la colina; es el general con su estado mayor; está demasiado lejos para oirle, mas observo que Galliffet señala el frente, y que la infantería emprende un movimiento de avance. El enemigo debe tener mucho valor moral, pues á pesar de hallarse diezmado, espera á pie quieto y con arrogante actitud á la infantería que avanza en son de ataque. Detrás van los brillantes coraceros de Francia, para los cuales llega el momento de tomar la más viva parte en la acción. «¡Acordaos de Reichshoffen!,» grita un sargento herido. Y al oir esta voz, la poderosa masa de caballería se lanza al trote á través de la llanura con el ímpetu de una avalancha. Los escuadrones alemanes, ó lo que de ellos queda, adelántanse valerosamente al encuentro de sus antagonistas, para ver si es posible salvar su infantería; pero ya es tarde. A los pocos momentos, los alemanes se diseminan por la llanura en el mayor desorden; los grupos de soldados que se reunen alrededor de sus oficiales son arrollados por los escuadrones; miles de hombres tratan de ganar las alturas; y en el centro, los coraceros arrollan cuanto encuentran á su paso en aquella frenética carga, mientras que en los flancos la artillería hace un fuego terrible que destroza al enemigo.

Antes que la caballería francesa volviera para formarse otra vez, encontró nuevas fuerzas de infantería alemana que acudían en auxilio de sus compañeros; pero el ímpetu de la victoria era demasiado poderoso para resistirle, y las tropas de refresco participaron del desastre. Mucho antes de mediodía, el general Galliffet había ocupado el terreno donde se hallaban las avanzadas alemanas al amanecer.



UNA FIESTA EN EL CAMPO, cuadro de D. José García Ramos

A la caída de la tarde, ambos ejércitos se dieron una tregua como de común acuerdo; hubiérase dicho que algún juez de campo invisible había arrojado su bastón en medio de los combatientes. Los últimos rayos de sol se reflejaron en las columnas francesas en su nueva posición, viéndose el valle ocupado por la infantería.

Eran ya las dos de la madrugada cuando vi al general Galliffet, que había estado solo, observando al enemigo con expresión impaciente y á quien yo encontré ya más tranquilo. De repente pidió el caballo á su ordenanza, y en el mismo instante vi que la infantería alemana se ponía en movimiento. Nuestra línea de infantería se halla á varios centenares de varas detrás de la colina, ocupada en preparar la cena, sin temer las bombas que á intervalos caen á cierta distancia. Los prusianos avanzan, pero es evidente que su ataque no se dirige contra el centro; marchan hacia la izquierda, donde el general Jamont, jefe del quinto cuerpo de ejército, vigila atentamente. De improviso vemos elevarse por aquel punto densas nubes de polvo; los cañones comienzan á tronar, y el estruendo de la fusilería es más fuerte ahora que antes. Por el valle vemos ya cómo se mueven nuestras tropas desde el centro á la izquierda para ganar el punto de contacto. Estaba á punto de montar para seguir yo la misma dirección, cuando un ayudante de campo del general Galliffet me dice que si quiero ir con él me proporcionará un buen observatorio; y señalándome el valle, díceme con acento de convicción: «¡Allí se presenciará la última agonía de Prusia!»

La suspensión del fuego que se sigue tiene algo de imponente, después las descargas cerradas se suceden una tras otra, dominándolas el estampido de los cañones, y desde aquí veo el lugar donde arrecia la pelea; espesas nubes de polvo rojizo, cerniéndose sobre el campo de la lucha, impiden ver la espantosa matanza; pero todos saben que allí se decide ahora de la suerte de una nación. En vano me empeño en imitar la imperturbabilidad del general, nuestra «lanza de hierro,» como le llaman los soldados. Llegan dos mensajeros, pero son despachados, sin que se mueva un músculo en el semblante impasible del jefe; poco después viene un tercero á galope tendido, cubierto de polvo, bañado en sudor. ¡Al fin! El general se empina sobre los estribos, y llévase la mano al kepis, adornado de hojas de oro, como lo haría ante un superior; es un saludo; pero ¿á quién? ¿A Francia ó á la Fortuna?

El estado mayor se pone en movimiento; oficiales y ordenanzas bajan á galope por la colina, y las columnas que parecen dormitar abajo se agitan. Oigo las roncas voces de mando, y veo ondear á impulsos de la brisa las banderas de color con sus franjas de oro. El enemigo, que está enfrente, avanza al ataque, y ahora nuestros cañones entran en acción á lo largo de la cumbre de la colina; pero la infantería no se detiene detrás de ellos, sino que se lanza por las pendientes, mientras que las bombas rasgan el aire sobre sus cabezas: los tiradores, formando pequeños grupos, detiénense á intervalos para hacer sus mor-

tíferas descargas. «¡Qué intrépidos enemigos!, grita un cirujano que está junto á mí al abrigo de un árbol. ¡Qué lucha de héroes!» Así era, y nunca olvidaré la última carga del general Galliffet. Sesenta mil hombres, una fila tras otra, fueron lanzados contra el centro alemán, y no pude menos de entregarme á las más tristes reflexiones al ver cuán valerosamente se batían los enemigos, dejándose matar al fin. Avanzaban como en una parada, con toda la rigidez que les caracteriza, y hasta vi á varios oficiales detenerse para corregir la alineación de los soldados.

Inútil parece decir que aquellos blancos vivientes eran perforados por los proyectiles á cada momento, y su serenidad me pareció una locura pedantesca. A retaguardia avanzaban también las filas de soldados al son de los tambores con ese paso que tan ridículo parece á todos los norteamericanos que visitan Berlín. Los veteranos de la guerra separatista se hubieran reído mucho al verlos, aunque admirando también la intrepidez de aquellos teutones.

A cerca de cuatrocientas varas unos de otros, franceses y alemanes se detienen; en aquella descubierta no hay donde protegerse, y nuestro fuego es cada vez más nutrido. De repente oigo resonar detrás de mí los clarines y el redoble de tambores: es la reserva del general Galliffet, que llega para decidir el resultado del combate.

Poco después los alemanes, aunque batiéndose en el valle obstinadamente, comienzan á retroceder, y cuando el sol se acercaba á su ocaso, iluminando con sus últimos rayos rojizos las huestes enemigas y reflejándose en las águilas de oro de las banderas tricolores, el ejército francés avanzaba triunfante. Una aclamación inmensa, atronadora resonó en los aires; el estruendo de la batalla se alejaba cada vez más, los redobles del tambor y los sonidos del clarín se amortiguaban con la distancia, y los soldados de la República, arrollándolo todo á su paso, trataban de borrar el baldón que sobre ellos pesaba desde 1870. El resultado no podía ser ya dudoso. Con todo el valor hereditario de su raza, los oficiales alemanes caían en sus puestos antes que ceder un palmo de terreno; mas los coraceros, á cuya cabeza iba el mismo general, despejaron muy pronto todo el campo de batalla.

Nuestra victoria era completa; la derrota de los alemanes se hace patente al verlos retroceder abandonando el valle; y mientras escribo estas líneas con la celeridad que es de suponer, la caballería persigue aún al enemigo.

(Continuará)

TEATRO NACIONAL

Periódicamente surge en las columnas de algún diario, siempre de Madrid, por supuesto, el problema cien veces discutido de *El Teatro nacional.* Julio Burell, uno de nuestros más inteligentes periodistas, escritor de no común cultura, poeta de gran imaginación y de sentimiento exquisito y á quien la política, ¡mal pecado!, arrebató hace algunos años á las letras con el señuelo de un acta de diputado por no sé dónde, ha resucitado el tema en un precioso artículo publicado no ha mucho en *El Día*.

El asunto no envejece; tratado por quien posee la pluma de Burell, es claro que parece, por el contrario, enteramente nuevo, y como nadie puede negar que es interesante, creo no incurrir en flagrante delito de impertinencia diciendo lo que sobre él opino; que no ha de ser todo hablar de anarquistas y problemas sociales, fuera de que algo de problema social hay también en esto del teatro; y obreros son los que viven á la sombra, no muy bienhechora, por cierto, de bastidores y bambalinas y *trastos* de todas especies.



EL VIÁTICO, cuadro de D. José García Ramos

Siempre que me hablan, y me hablan muy á menudo, de *la creación* de un teatro nacional, pregunto: ¿para qué y cómo ha de crearse lo que ya existe? ¡Teatro español! Pues si lo tenemos más vigoroso y más rozagante que nunca. ¿Faltan edificios en que se rinda culto al arte escénico? No, en verdad; acaso hay en España tantos teatros como plazas de toros; tal vez más teatros que plazas. ¿Escasean los cómicos? Jamás hemos tenido tantos. ¿Carecemos de autores? Están apareciendo á centenares todos los días. ¡Ah! ¿que esos comediantes son malos, que los autores de ahora no valen? De eso habría algo que decir. Muy pocas veces, en muy contados casos han dejado de parecer malos autor y cómico á sus contemporáneos. Sin ir más lejos, de D. Manuel Tamayo, el autor insigne de *Locura de amor*, de *La bola de nieve*, de *Un drama nuevo;* de ese eminente literato á quien todos suelen llamar hoy (porque ya no escribe para el teatro) nuestro primer dramaturgo, dijeron horrores los críticos de su tiempo, y á las colecciones de los periódicos de entonces me remito; de Julián Romea, de ese coloso de la escena española, cuyo recuerdo conservan con cariño respetuoso cuantos le vieron y le admiraron, se habló en la prensa peor que se haya podido hablar del más inepto de nuestros cómicos de cuarta fila. Naturalmente, si pretendemos que en cada autor nuevo haya un Schiller y en cada racionista un Isidoro Maiquez, no ha de ser fácil que nos den gusto; pero si no pedimos la luna, habremos de reconocer que hay teatro español, que no está decadente, ni lleva trazas de morir por ahora, antes bien disfruta de muy buena salud: ¡Dios se la conserve!... Sí, porque si muriera, todos los esfuerzos del Estado no serían suficientes para lograr que resucitase.

Pero los que abogan por el *Teatro nacional* (léase *Teatro madrileño)* no niegan que tengamos elementos valiosos; pero deploran que esos elementos no se unan, anden *desperdigados* por ahí, cada uno por donde puede, en vez de formar un conjunto, que como resultante de tales componentes, sería admirable.

Y aquí asoma la insana tendencia á la centralización, que si es funesta en política, en el arte es absurda, y sobre absurda, desastrosa. Si esa centralización artística, si ese monopolio del teatro ha de llevarse á cabo oficialmente por la protección del Estado, no necesito decir que voto en contra; temo al Estado cuando hace cualquier cosa que no le compete, porque siempre la hace muy mal y resulta muy cara. La religión por el Estado no es tal religión y cuesta un sentido, ó los cinco sentidos y más que hubiese: el Estado empresario gasta mucho y no aprovecha nada; el arte del Estado sería un arte deplorabilísimo: arte republicano en las repúblicas, arte monárquico en las monarquías, conservador con Cánovas, demócrata con Castelar... Nada: en eso no hay que pensar siquiera. El arte dramático no ha menester ni quiere protección oficial; vive de sus rentas y tiene en sí mismo toda la protección que necesita.

Descartada por improcedente, por injusta y además por peligrosa la ingerencia del Estado en estos asuntos teatrales, y admitido que cuando se habla de *creación del Teatro nacional*, quiere decirse, lisa y llanamente, reunir en un solo teatro los actores de verdadero mérito que andan ahora diseminados por muchos, y partiendo de que ese resultado habría de ser debido á la iniciativa particular, veamos: primero, si la cosa es realizable; segundo, si caso de serlo, resultaría beneficiosa ó perjudicial para el teatro.

No es preciso esforzarse mucho para demostrar que esa unión es irrealizable. No hay, no puede haber empresa que sufrague los gastos de una compañía dramática en la cual figurasen nuestros primeros actores. Lo de las incompatibilidades entre unos y otros actores, entre estas y aquellas actrices, por celos, por envidia, todo eso es, como el vulgo dice, música; sólo música. La dificultad está en el dinero. Y no significa esto que los comediantes sean exigentes; no, el exigente aquí es el público. Pasaron aquellos tiempos del oropel y las lentejuelas y el talco. Hoy la actriz ha de vestirse de verdad; si hace de duquesa, como duquesa; como reina, si representa una reina. Obras hay para cuya representación necesita la primera actriz gastar una fortuna en trajes. Trajes que no sirven de una temporada para otra, porque las modas varían con frecuencia. Si no tanto como las actrices, también necesitan los actores pagar cuentas muy respetables al sastre, al zapatero, al sombrerero, etc., etc.;y no es mucho que, para vivir, necesiten



TALLER Y SALONCILLO DEL ESCULTOR D. JOSÉ CAMPENY



OBRAS ESCULTÓRICAS DE D. JOSÉ CAMPENY

Incroyable moderna. – Baccilus vírgula. – Coquetería. – La muerte precipitando la juventud. – Fascinación. – Un desertor. – El vals. – Un postulante
Pan y toros.—Amor de carnaval

sueldos crecidos. Esto sin contar con que el actor que gana, siempre que desea trabajar, ciento ó ciento cincuenta pesetas diarias, no podrá convencerse de que es deber suyo renunciar á ese sueldo solamente porque tuviésemos un teatro nacional, porque á nadie puede exigirse que lleve hasta ese punto su amor al arte.

Y no se crea que todo quedaría resuelto con que el empresario elevase el precio de las localidades y que el público las pagaría; no, el público no pagará tal. El público de Madrid paga veinticinco pesetas por asistir al teatro Real, donde suelen darle una ópera mal cantada; pero no paga más de cinco (salvo en días de estreno solemne, ó de beneficio organizado por damas de la aristocracia) por un teatro nacional en que le den una comedia bien hecha. El teatro de *notabilidades*, por consiguiente, no podría ser costeado por una empresa particular. ¿Se le costea por medio de subvenciones oficiales? Volvemos á la ingerencia del Estado: *¡vade retro!*

El pensamiento es por completo y en absoluto irrealizable, aquí donde hay señoras de gran fuste que ni por casualidad asisten á teatro alguno en que no se cante ópera italiana; aquí donde ocurre lo que no ha mucho ocurrió con algunas señoras de la *alta sociedad madrileña*, que asistiendo, indudablemente por compromiso, á no sé qué función de beneficencia que se daba en el teatro de la Princesa, no sabían por dónde habían de dirigirse para entrar en su palco... ¡Ni una sola vez habían entrado en el teatro donde han actuado actores como Mario (que lo estrenó), el malogrado Rafael Calvo, Vico, María Tubau...!

Admito, no obstante, que á pesar de todo, el pensamiento de llevar todos los buenos actores á un teatro se realizase, ¿habría ganado algo con eso nuestro teatro...? ¡Qué había de ganar! No, señor; habría perdido mucho.

Por de pronto, es claro que los entusiastas de esa formación son partidarios de que los *próceres* actores trabajasen en Madrid; como si no fuesen tan buenos y tan inteligentes como el de Madrid, ó más que el de Madrid, los públicos de Barcelona, de Valencia, de Málaga, de Zaragoza, de Cádiz, de la Coruña, etc., etc.

¿No era evidentísima injusticia privar á esos públicos del gusto de admirar y de aplaudir á nuestros principales artistas? ¿No era verdaderamente insano condenarles á no ver más que cómicos de tercera ó de cuarta fila?

Y aun el público de Madrid, suponiendo que éste fuese el privilegiado, ¿vería juntos en muchas funciones á los actores principales? Sería preciso entonces idear esos moldes por que muchos suspiran, en los cuales todos los papeles tuviesen importancia grande. Y no digo que entonces podrían estrenarse muy pocas obras, porque no me conteste alguno con aquello de que más vale poco y bueno que mucho y malo; si bien podría yo replicar á eso con esta pregunta: ¿Y está usted seguro de que entonces las pocas obras estrenadas serían las buenas?

A. SÁNCHEZ PÉREZ

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Bajo la dirección de los pintores Pilghein, Poetzelberger, Habermann, Uhde, Keller, Kuhl y otros famosos artistas se ha constituído en Munich una nueva asociación artística, llamada de los *Secesionistas*, alrededor de la cual se han agrupado una porción de notables artistas jóvenes: con ello se han hecho públicas las disidencias desde hace tiempo existentes entre los artistas de la capital de Baviera, basadas en las tendencias artísticas y en la manera de proceder en las célebres exposiciones que anualmente se celebran en aquella ciudad.

—Se ha inaugurado en Berlín la exposición de obras de arte del tiempo de Federico el Grande, organizada por la Sociedad histórico-artística. Compuesto de los ejemplares más selectos sacados de los palacios reales y de otros que hoy son propiedad de particulares, este certamen da perfecta idea del estado de las bellas artes de aquella época. Llaman en primer término la atención los famosos retratos de Presne, y las mejores muestras del estilo barroco aparecen en los muebles con incrustaciones de bronce, en las porcelanas, cajas, labores de plata, pinturas de abanicos, tapices, etc.

—El Instituto Artístico de Francfort en el Mein, ha adquirido por 57.500 pesetas el cuadro de Luis Knaus *Vida bohemia*.

—Los célebres pintores alemanes Federico Uhde, Alberto Keller y Francisco Stuck están dando la última mano á grandes cuadros de asunto religioso, tratados á la moderna: el primero termina una *Anunciación á los pastores*, el segundo una figura de santo crucificado y rodeado de ángeles y el tercero una *Crucifixión* y una *Pietá*.

—El maestro Mascagni, terminada ya su ópera *Los Rantzau*, está componiendo la música para otra en un acto, que se titulará *Ratcliffe* y cuyo argumento está tomado de la poesía de Heine del mismo nombre.

—El compositor ruso Tschaikowski está trabajando actualmente en una ópera que llevará por título *La hija del rey Renato*.

Teatros.—En el teatro Antiguo de Leipzig se ha estrenado con gran aplauso una nueva opereta del maestro Millocker, letra de Witmann y Bauer, titulada *El hijo del verano*.

—En el teatro Real de Ópera, de Berlín, se ha puesto por vez primera en escena la ópera de Mauricio Morzkowski, *Boabdil*. La pieza culminante de la obra es el baile del segundo acto, así por su hermosa música como por su aparato, que parece de un cuento de *Las mil y una noches*. La música de toda la ópera más bien que original es brillante y está perfectamente instrumentada, observándose en ella las tendencias de la ópera histórica, tal como la cultivaron Spontini y Meyerbeer.

—En el teatro de la Ciudad, de Hamburgo, se ha estrenado con gran aplauso el drama romántico musical de L. Mancinelli *Isora de Provenza*: el libreto de Zanardini, inspirado en *La leyenda de los siglos*, de Víctor Hugo, contiene escenas altamente dramáticas y poéticas; pero es muy superior á él la música, que, escrita según las tendencias de la llamada música del porvenir, demuestra en su autor un talento é inspiración de primer orden, recordando en su esencia las obras de Verdi y de Meyerbeer y por su instrumentación las de Wagner.

—*El amigo Fritz*, de Mascagni, ha alcanzado excelente éxito en el teatro Weimar.

—Con gran aplauso se ha estrenado en el teatro Argentina, de Roma, la ópera en cuatro actos del maestro holandés, residente en Nápoles, van Vesterbout, titulada *Cymbelina*, cuyo argumento está tomado del drama de Shakespeare del mismo nombre.

—*Mazeppa* es el título da una ópera de Mme. Grandval, estrenada con muy buen éxito en el Gran Teatro de Burdeos; el conjunto de la partitura resulta de corte distinguido y elegante, y si no se nota en ella el sello de una personalidad saliente, encuéntrase, en cambio, algo que recuerda el género de *Faust* y *Romeo y Julieta*, de Gounod, y ciertas reminiscencias de Massenet. Merecen citarse como principales piezas la obertura descriptiva y pintoresca, un entreacto sinfónico, el episodio de las jóvenes ukrainianas y los bailables del tercer acto.

—En el teatro de la Corte, de Darmstadt, se ha estrenado con buen éxito la ópera de Tchaikowski, *Eugenio Onegin*: el libreto está tomado del poema del mismo nombre de Puzchkin; la música, sin ser eminentemente dramática, es inspirada, siendo de los mejores números aquellos en que predomina el elemento nacional.

—En el teatro Thomas, de Berlín, ha alcanzado gran éxito una comedia en cuatro actos, de Guillermo Schumann, titulada *El baño nuevo*, que abunda en situaciones cómicas de la mejor ley.

—La comedia de cinco actos *Vasantasena*, que se atribuye al rey indio Sudraka y que los más eminentes conocedores de la literatura sánscrita consideran como la obra culminante de la poesía india, ha sido vertida al alemán en verso libre por Emilio Pohl y representada con gran aplauso en el teatro de la Corte, de Munich.

París: En el Palacio Royal ha conseguido gran éxito una comedia en tres actos, *Monsieur chassé!*, de M. Jorge Feydeau, abundante en escenas cómicas, algunas de ellas caricaturescas, que no dejan un momento de provocar la risa del público. En el Ambigu Comique se ha estrenado con aplauso un drama en cinco actos, de Estanislao Rzewuski, *Justicier*, de argumento muy interesante y bien desarrollado. En los Bouffes Parisiens se ha puesto en escena una fantasía lírica en tres actos y cinco cuadros, titulada *Eros*, primera partitura importante de M. Pablo Vidal cuya música inspirada y hábilmente instrumentada no tiene otro defecto que ser de un estilo demasiado elevado, teniendo en cuenta el carácter ligero del libreto, que es el de una alegre opereta cómica.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Federica Guillerma Alejandrina, gran duquesa de Mecklenburgo-Schwerin, hermana de Guillermo I de Prusia.

Federico de Bodenstedt, uno de los primeros escritores y poetas alemanes, periodista distinguido, ex profesor de la Universidad de Munich, ex-intendente del teatro de la Corte de Meiningen y actualmente director de la *Revista diaria*, de Berlín.

Miss Amelia B. Edwards, notable novelista y egiptóloga inglesa.

Enrique Duveyrier, célebre explorador francés, ex presidente de La Sociedad de geografía de París: á los veinte años comenzó sus interesantes viajes por Argelia, donde fué el primer europeo que llegó á El Golea; exploró el Sahara tunecino, y á él se debe el tratado que abrió al comercio francés el Sudán central. Era oficial de la Legión de Honor.

Mr. Lumb Stocks, célebre grabador inglés, miembro de la Real Academia de Londres, y asiduo colaborador de la notable revista ilustrada *Art Journal*.

Mr. Yates Carrington, notable pintor inglés, dedicado especialmente á la reproducción de animales.

Eduardo Lalo, célebre compositor francés, autor de notables composiciones instrumentales universalmente conocidas y aplaudidas, entre las que sobresalen la ópera *El rey de Is* y el baile *Namouna*; era oficial de la Legión de Honor.

El conde de Larencez, general francés, jefe del cuerpo expedicionario de México: figuró también en las campañas de Africa y de Crimea y en la guerra de 1870-1871, durante la cual mandó la 3.ª división del 4.° cuerpo y tomó parte en las operaciones de los alrededores de Metz; era gran oficial de la Legión de Honor.

NUESTROS GRABADOS

Cortesía, dibujo de H. Vogel. – Como uno de los primeros dibujantes franceses contemporáneos es reputado Vogel, y las revistas más afamadas disputanse las obras que de su lápiz salen y algunas de las cuales hemos publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. El que hoy reproducimos justifica nuevamente la valía del artista que en pocos y vigorosos trazos nos ofrece una elegante escena en el que hoy se llama París viejo y que debía considerarse como muy moderno allá por el último tercio del décimosexto siglo, época en que, á juzgar por los trajes, se desarrolla el asunto de *Cortesía*.

El eminente compositor Carlos Gounod, retrato por Carlos Durán, grabado por Baude.—Los que en el Salón del Campo de Marte, de París, del año próximo pasado admiraron el bellísimo lienzo del célebre Carlos Durán, que con verdad sorprendente y con una vida que sólo el verdadero genio sabe producir con los colores de la paleta representaba las nobles facciones del inspirado autor de *Fausto*, *Mireille*, *Romeo y Julieta* y tantas otras obras maestras, tienen ocasión de extasiarse en el Salón de los Campos Elíseos, recientemente inaugurado, con una preciosa copia de aquel retrato, debida al inimitable buril de Baude, el grabador universalmente conocido y celebrado. No hemos de detenernos en ponderar las excelencias de este grabado, uno de los mejores entre tantos producidos por el célebre artista francés: harto verán nuestros lectores que es punto menos que imposible hallar en la combinación del blanco y del negro mayor expresión, parecido ni más riqueza de detalles que permitan formarse tan cabal idea, así de la fisonomía física y moral del retratado, como de las bellezas innumerables del cuadro en que tan admirablemente fué aquélla reproducida.

Una fiesta en el campo. - El Viático, cuadros de D. José García Ramos. – Es D. José García Ramos tan buen dibujante como entendido colorista. Pocos como él han sabido reproducir en el lienzo, con tantos atractivos como fidelidad, los cuadros, tipos y costumbres de su país, de esa bella Andalucía, en donde todo vive, brilla y se anima. El atrevido contrabandista, jinete en la arrogante jaca cordobesa; la mujer de cuerpo esbelto y ojos negros, envuelta en el clásico mantón; el chulo, el tañedor de guitarra, el *cantaor* y el jaleador; la hija del Albaicín y de Triana, el torero, el picador, la cigarrera, el chalán; todo, en fin, lo que constituye la vida y el modo de ser de aquel privilegiado país, son los elementos que utiliza el artista para sus cuadros de género, que aplauden todos cuantos sienten entusiasmo por el arte patrio.

En la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona expuso una preciosa colección de dibujos, que sirvieron para ilustrar la última obra de D. Benito Más y Prat, suficientes para crear su reputación artística, si no se hallase ya cimentada por otras producciones, algunas de ellas ya conocidas por los lectores de esta revista.

El escultor D. José Campeny. – La escultura, realista por necesidad, está rodeada de limitaciones, ya que al contrario de lo que acontece á su hermana la pintura, hállase sujeta á la hornacina ó al pedestal. Reproduce, pero no imita. Esto no obstante, elévase á las regiones puras del verdadero arte, si á ellas la conduce el esfuerzo y la genialidad de un gran artista, tanto si sus representaciones persiguen la idealidad de la forma ó el realismo que nos rodea. Sin embargo, las producciones inspiradas en los errores arcaicos, en las fantasías del barroquismo ó en las absolutas exigencias del realismo, están muy distantes de los justos conceptos del arte, puesto que si bien es cierto que la escultura tiene por norte la representación de la forma, en ella debe existir ese algo especial que la anime y que sólo el arte puede producir.

En el movimiento de evolución artística que se ha operado hace algunos años en España, la escultura ha tomado también activa parte, si bien no ha sido tan amplia como la realizada por la pintura. Asemejase á ésta por la vacilación, por las encontradas corrientes que la combaten; pero aun así, ha logrado mayores conquistas que la pintura, si se tiene en cuenta que la escultura no contaba con precedentes tan gloriosos en nuestra patria, cual lo son las obras pictóricas de los grandes maestros de las pasadas centurias. Y tal es así, que apenas consérvase el recuerdo de alguno de los escultores que florecieron en la primera mitad de este siglo, en tanto que hoy podemos citar los nombres de un número ya considerable de artistas que honran á España con sus obras.

Barcelona, que ha logrado constituir un centro artístico, formado por la reunión de artistas que cultivan todas las ramas del arte, ha conseguido distinguirse por la valía y el número de los escultores que en ella han podido hallar enseñanzas y estímulo. En sus talleres reprodúcese la actividad ya proverbial de la región catalana, puesto que á la vez que el artista concibe y modela la obra en el barro ó en la cera, otros la ejecutan en el mármol ó la piedra, ya para figurar en monumentos públicos, para embellecer suntuosos salones ó bien para perpetuar el recuerdo de seres queridos.

José Campeny pertenece al grupo de jóvenes escultores que forma la vanguardia del renacimiento escultórico catalán. Cuando los hermanos Sres. Vallmitjana, verdaderos iniciadores y maestros, apenas habían podido educar á algunos discípulos, ingresó Campeny en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, impregnándose su espíritu del entusiasmo que entonces inspiraba el gran arte. A esta circunstancia se debe, sin duda, la ejecución de su primera obra *Prometeo*, dedicada al Ateneo de Igualada, su pueblo natal; *Pro patria*, y el *Populus*, premiado en el Salón de París de 1884. El período de su pensionado en la capital de la vecina república, influyó poderosamente en el joven artista, ya que sin abandonar por completo los ideales que perseguiera en los comienzos de su carrera, los conceptos y corrientes del modernismo inclináronle á otro género de escultura, bella, pero realista en el fondo, puesto que las galanuras de la forma sólo sirven para avalorar la obra reproducida. El precioso grupo de *El salta cabrillas*, justamente premiado en la Exposición Nacional de 1884, *Un desertor*, así como el *Postulante*, son tipos y cuadros copiados del natural con la mayor fidelidad. Otras veces Campeny abandona el modelo que le ofrece el chicuelo que vocea periódicos ó la provocativa chula, y entregado por completo á su fantasía, critica ciertamente las controversias científicas de los microbiólogos, con su grupo alegórico *Baccilus virgula*, ó remontándose á más elevadas regiones crea obras tan discretamente ejecutadas y concebidas cual lo es *Fascinación*.

Campeny no ha llegado todavía á la meta, no figura aún su nombre unido al de aquellos á quienes se considera ya como maestros; pero dadas sus cualidades artísticas, su constante labor y pasmosa facilidad para dar inmediata forma á cuanto concibe, nos hace esperar que llegará á ser digno descendiente del célebre Campeny y uno de los más discretos é inteligentes campeones del renacimiento escultórico español.

Agar, cuadro de Teodoro Schmuz-Baudin. – Sara, creyéndose estéril, dió á su esclava Agar por compañera á su esposo Abraham, quien tuvo de ella á Ismael; pero habiendo luego dado á luz ella misma á Isaac, arrojó á su sierva y al hijo de ésta al desierto, donde llegó á faltarles el agua: en peligro había llegado á verse su vida, cuando se les apareció un ángel que les indicó una fuente en la que apagaron su sed, pudiendo después proseguir su camino. En esta narración bíblica hanse inspirado multitud de artistas antiguos y modernos, figurando entre estos últimos el pintor alemán Schmuz-Baudin, cuyo cuadro mereció con justicia ser muy alabado cuando se expuso en una de los últimos certámenes que anualmente se celebran en Munich.



El ómnibus se detuvo delante del hotel de la «Encina Verde»

AMOR TARDÍO

«¡Cosa singular! El paisaje me parece más árido y triste que veinticinco años atrás; las colinas no son tan altas, los árboles están más claros, y el valle es menos verde!»

Recostado en la imperial del coche, Santiago Fanvel repetía estas palabras á cada poste kilométrico, mientras que el ómnibus del camino de hiero recorría el trayecto desde la estación de Casas Blancas á Saint Clementin.

Santiago era célibe, hombre de cuarenta y ocho años, bien conservado á pesar de su edad, alto, robusto, con barba en que apuntaban ya algunas canas, cabello rubio todavía, color claro y ojos azules de cándida expresión.

En otro tiempo había pasado en Saint Clementin uno de los más felices períodos de su juventud, uno de aquellos que se conservan en la memoria matizados con los frescos colores de la aurora y que brillan con singular fulgor á través de la triste monotonía de los años siguientes.

La corriente de la vida le había conducido después muy lejos: obligado á ganar el pan cotidiano y á ganarlo con el sudor de su frente, la lucha por la vida le absorbió hasta el punto de no dejarle tiempo para pensar en el matrimonio; y en lo más recio de la batalla, su único consuelo reducíase algunas veces á pensar en el dichoso tiempo pasado en Saint Clementin. Entonces parecíale ver el pueblecito, con sus calles cubiertas de hierba, los floridos verjeles llenos de jazmines y de magnolias, las parras, los castaños, las aguas del río dormitando bajo los nenúfares, y decía para sí: «Será preciso que vaya á ver todo eso cuando haya ganado lo suficiente para entregarme al reposo.»

Llegada al fin la hora del descanso, Santiago Fanvel se había retirado de los negocios «después de hacer su fortuna,» como dicen los comerciantes; su primer pensamiento fué entonces para aquel pueblo del Poitou, del que tanto se había acordado, y resolvió consagrar sus primeros días de libertad á un viaje á aquel país. He aquí por qué en una calurosa tarde del mes de julio le encontramos en el camino de Saint-Clementin, viajando en la banqueta de la imperial á fin de no perder ningún detalle del paisaje. Y balanceándose á impulso de las sacudidas del pesado vehículo, recordaba dulcemente las cosas de su juventud: el modesto hotel de la *Encina Verde*, donde se hospedaba, y en el cual penetrábase por la puerta trebolada, practicada en una torrecilla con tejadillo en forma de apagaluces, y la ventana del piso bajo, adornada con tiestos de reseda y geranios, detrás de los cuales trabajaba Marcelina, hija de la dueña del hotel. ¡Muy linda era aquella joven, que apenas contaba entonces diez y ocho años!... A las horas de comer, al pasar Santiago por delante de la ventana baja, veía siempre entre los geranios á la morena muchacha de brillantes ojos, y su corazón latía apresuradamente, porque estaba prendado de la belleza de la joven, hasta el punto de pensar en ella día y noche. Algunas veces, después de comer, deteníase para hablarla en el corredor; la conversación era pueril y versaba sobre asuntos insignificantes; pero las más triviales palabras tenían tal expresión de ternura al pronunciarlas el joven, que hubiera sido difícil engañarse sobre el sentimiento que las dictaba. Santiago era en extremo tímido, pero Marcelina muy perspicaz, y sin duda adivinaba lo que él no se atrevía á decir. Con sus sonrisas y su manera de mirar perturbaba de tal modo al joven, que á pesar de aquel mudo estímulo, Santiago no osó nunca declarar su amor. Sus mayores audacias se redujeron á ofrecer á Marcelina grandes ramos de flores silvestres, que cogía durante sus paseos por los campos y que la joven colocaba en un vaso de porcelana, junto á su mesita de costura. Esto duró toda una primavera y todo un verano; después, llegado el invierno, Santiago debió marchar á París; el torbellino de la vida, atareada y penosa, disipó sus amoríos, y ya no oyó hablar más de Marcelina...

¿Qué habría sido de ella? ¿Volvería á verla? Y dado que así fuese, ¿en qué situación?

Sin duda casada, madre de familia y ocupándose en los quehaceres de su casa y en el cuidado de sus hijos.

Mientras que Santiago se hacía estas preguntas, el ómnibus corría por un rápido declive que doblaba bruscamente la esquina de la calle Mayor: el aspecto de Saint-Clementin no había cambiado apenas; las fachadas de las casas conservaban su color gris, el empedrado de las calles sus matas de hierba y las criadas hilaban como siempre en el umbral de las puertas; pero á Santiago le pareció la pequeña ciudad singularmente triste y como dormida bajo el implacable sol que la abrasaba. ¿Sería él quien había cambiado?

Después de oir tanto tiempo el tumulto de las calles de París, el silencio de las casas, con los postigos cerrados, producíale el efecto de una ciudad abandonada, y el aspecto melancólico de aquellos barrios soñolientos le oprimía el corazón.

El ómnibus se detuvo delante del hotel de la *Encina Verde*, cuya muestra, festoneada de hojas de vid, balanceábase aún sobre la puerta. Al oir los chasquidos del látigo del conductor acudió presurosa una criada, ostentando en la cabeza la alta cofia usada por las mujeres del país. Santiago era el único viajero que se apeaba en el hotel, y mientras descargaban su equipaje interrogó á la sirvienta.

– ¿Cómo sigue la señora Gacougnolle?

– ¡Ah, caballero, hace diez años que murió!

– ¿Y su marido?

– Muy achacoso, caballero, tanto que no puede ya levantarse de su sillón... Su hija es la que se halla ahora al frente del hotel.

– ¡Ah!

Santiago no osó preguntar si aquella hija se había casado, y después de una pausa rogó á la sirvienta que le diese habitación.

– Voy á conducirle yo misma, dijo la mujer, porque en este instante mi ama está con su padre.

Santiago, precedido de la sirvienta, subió por la escalera de caracol, é instalóse en una habitación blanqueada con cal, que no le pareció nada cómoda, después se bañó la cara en agua fresca y salió para recorrer la ciudad y sus alrededores.

Volvió á ver la plaza y el mercado con sus columnas de madera y su tejadillo de color pardusco; mas le pareció desmantelado, así como las casas y las míseras tiendas, y la iglesia románica, que en otro tiempo le producía el efecto de un edificio grandioso, era entonces á sus ojos una construcción vetusta y mezquina. Para disipar la impresión melancólica que le producían estas decepciones, Santiago salió al campo y fué andando por la orilla del Charenta. El puente construído sobre el río unía, como en otro tiempo, el extremo de la calle Mayor con el arrabal de *Fonts-de-Treilles*; algunos nogales, que crecían en la orilla, proyectaban su sombra sobre las aguas tranquilas y negras, y más allá el camino estrechábase entre altos arbustos que le separaban de la pradera, y en los cuales se habían arrollado clemátidas silvestres. Santiago quiso volver á verlo todo: las alquerías casi ocultas bajo las higueras, los castaños y el molino, construído en medio de un islote lleno de grandes árboles, donde había pasado horas deliciosas, aspirando el perfume de la hierbabuena y del lirio del valle, mientras que el *tic tac* de la rueda llegaba alegremente á sus oídos á través de los álamos de plateado follaje.

Pero aun en esto hubo para él una decepción, pues las aguas habían corroído y estrechado la pradera, las parras estaban hundidas y los árboles del islote cortados; de modo que sólo el molino presentaba á la luz del sol su rueda inmóvil y sus tejadillos ruinosos.

Santiago volvió al anochecer á Saint Clementin, con el corazón contristado y oprimido y cansado de andar. Sentóse á la mesa del comedor del hotel, donde las moscas zumbaban contra los vidrios, y esperó melancólicamente á que le sirvieran la comida.



Salió al campo y fué andando por la orilla del Charenta (pág. 315)

Al fin se abrió la puerta y entró una mujer de unos cuarenta años, con la sopera. Santiago, que leía un diario, miró distraídamente á la recién llegada: de estatura regular, conservaba aún cierta esbeltez, á pesar de un principio de gordura; tenía el cabello castaño, y, en cuanto se podía juzgar por la escasa luz de la habitación, obscura ya, facciones bastante agraciadas, aunque un poco demasiado llenas. Santiago pensó que la recién venida era alguna parienta que sustituía á la dueña del hotel, y mientras desdoblaba su servilleta, preguntó:

– ¿Cómo sigue el Sr. Gacougnolle?

– Ni mejor ni peor, caballero; siempre está muy débil.

– ¿Le hace compañía su hija?

– Dispense usted, su hija... soy yo.

Santiago hizo tan brusco movimiento al oir estas palabras, que poco faltó para para que se le escapara la cuchara de la mano.

– ¡Cómo!, exclamó ¿Es usted la señorita Marcelina?

Santiago no podía recobrarse de su asombro. ¿Era posible que aquella mujer, un poco rechoncha ya, de facciones ligeramente abultadas y de encantos maduros, fuese la graciosa y redentora Marcelina de otro tiempo?... Iba á decir que no la habría conocido; pero se contuvo por delicadeza.

La buena mujer parecía extrañada de la exclamación de su huésped, y examinábale más atentamente mientras se llevaba la sopera. Pocos minutos después presentóse de nuevo con una lámpara, un tintero y el libro registro.

– ¿Tendría usted la bondad, caballero, dijo, de inscribir su nombre aquí?... Debe saber que es una formalidad de la cual no podemos dispensarnos.

El huésped tomó el registro, mojó la pluma en el tintero y escribió: «Santiago Fanvel.»

– ¿No le recuerda á usted nada este nombre?, preguntó, entregando el registro abierto á la dueña.

– ¡No recuerdo!, contestó Marcelina después de haber leído.... Sin embargo, espere usted... Sí, creo que en otro tiempo hubo aquí un huésped de ese nombre.

– Era yo.

– ¡Usted, caballero!... Dispense que no le haya conocido al pronto... Lo que me ha engañado es que entonces era un joven imberbe... ¡Ahora lo recuerdo bien!... Usted es quien me regalaba aquellos bonitos ramos... ¡Ah! ¡Cuánto tiempo hace y cómo se cambia!...

A Santiago le humilló un poco que no se le hubiera conocido al primer golpe de vista; y como en la sala había ya bastante luz, pudo examinar más minuciosamente á Marcelina mientras le servía la comida. Poco á poco fué hallando en aquel semblante, coloreado por la madurez, la benévola sonrisa de los labios rojos y la dulce languidez de los ojos negros de la Marcelina de otro tiempo.

– Sí, repuso, exhalando un suspiro, muchas cosas han pasado desde la época en que me hospedaba en esta casa... Veinticinco años son una buena parte de la vida... ¿No es verdad, señora?... ¿Y cómo se llama usted ahora?

– Sigo llamándome Marcelina, contestó la dueña con sonrisa algo forzada, pues no he llegado á casarme...

Después de haber servido los postres, Marcelina saludó á Fanvel y retiróse.

Santiago subió mal humorado á su habitación; una vez en ella, acercó la bujía al espejo empañado que adornaba la chimenea y miróse atentamente: entonces pudo ver sus cabellos más claros, su barba gris, las patas de gallo que las arrugas habían marcado en el ángulo de sus ojos, y á su vez conoció que había envejecido. Después, haciendo una justa apreciación de la realidad por este testimonio, confesóse que, comparativamente, Marcelina se había conservado mejor que él.

Acostóse pensando en ella y en los juveniles años en que la conoció; despertóse muy temprano, abrió la ventana y se acostó de nuevo. En la cornisa del tejado oíanse los trinos de las golondrinas; la campana de la iglesia tocaba al alba, y á lo lejos resonaba el rumor producido por las palas de las lavanderas.

Santiago no había escuchado desde la edad de veintitrés años todos estos ruidos familiares, y por un momento acarició la ilusión de que volvía el tiempo pasado. Vistióse y salió. El cielo estaba sereno y sin nubes, y un sol brillante plateaba las aguas negras del Charenta; sobre la corriente, apenas sensible, los nenúfares extendían sus redondas hojas escamosas, sembradas de grandes rosas blancas, y de las pendientes herbáceas exhalábase el perfume de la hierbabuena. Al doblar un recodo del camino, el encanto fué completo; parecióle á Santiago, pues tan fielmente se reproducían las sensaciones de otra época, que el tiempo no había seguido su curso, y que aún conservaba su juventud; insensiblemente familiarizábase de nuevo con el país, con las casas y con los habitantes, y esto rejuvenecía todas las cosas á su alrededor.

Transcurrieron así varios días, y ya no pensaba en marcharse de Saint-Clementin; había vuelto á ser huésped en la *Encina Verde*, conversaba á menudo después de comer en la habitación adornada con macetas de geranios; paseábase largo tiempo por el campo, y traía grandes ramos, que su patrona colocaba en los vasos de porcelana de la sala.

Una tarde, su conversación con Marcelina se prolongó más que de costumbre; la noche se acercaba poco á poco; la luz de la luna, iluminando el tejado de la iglesia, deslizábase oblicuamente por la plaza desierta, comunicaba un viso azulado á los geranios y un color más suave al rostro de Marcelina, que tenía los codos apoyados en la ventana. El resto de su cuerpo permanecía en la sombra, solamente su perfil se marcaba con precisión, y el reflejo de la luna parecía realzar el brillo de sus ojos. En aquel momento hablaba alegremente, y como había conservado su voz fresca, Santiago acarició aquella noche más que nunca la ilusión del pasado.

– ¿Por qué no se ha casado usted, señorita?, preguntó de repente.

– ¿Por qué?, repuso Marcelina, suspirando. Es muy sencillo... Porque he sido muy difícil en mi elección. Los que me solicitaban no eran de mi gusto, mientras que los que yo hubiera aceptado no se cuidaban de mí... Los años han transcurrido, me he quedado para vestir imágenes, y ahora soy una solterona.

– Si yo no me casé, repuso Santiago, es porque jamás tuve tiempo para pensar en el matrimonio,... pero no me faltaban deseos... y hasta cuando vivía en Saint-Clementin... Escúcheme, Marcelina, voy á confesarle una cosa... En aquel tiempo estaba muy enamorado de usted, sin que usted lo sospechase...

Marcelina sonrió y sus ojos brillaron.

– En esto se engaña, replicó, yo lo eché de ver muy pronto, y puesto que estamos en el terreno de las confidencias, le diré que me complacía observarlo,... pero como usted no abría la boca y yo no podía



Entró una mujer con la sopera

ser la primera en hablarle... Además, era usted tan joven, que yo tomé la cosa por una niñada.

Al oir esto, parecióle á Santiago que su corazón se dilataba y que le invadía de nuevo la pasión; habíase acercado á Marcelina, y en el silencio de la obscura estancia oíase su respiración más corta y fatigosa.

– Y hoy, murmuró, cogiendo las manos de Marcelina, si yo la dijese á usted que la amo como en otro tiempo, ¿creería también que es una niñada?

– ¡Hoy... hoy!, balbució Marcelina con marcada turbación; no se chancee usted, Sr. Santiago; hoy somos ya demasiado viejos.

– Ne me chanceo, mi corazón se conserva libre, y no me creo demasiado viejo para hacerla feliz, si acepta mi mano y mi reducida fortuna.

Aturdida y confusa, sin tener ni aun fuerza para retirar las manos que Santiago estrechaba, Marcelina no contestó al pronto; pero á la luz de la luna veíase cómo su redondo seno se dilataba y comprimía, hasta que al fin exhaló un profundo suspiro y movió la cabeza.

– No, dijo, no es posible... Mi padre está enfermo, me necesita, y yo no puedo seguir á usted á París. Por otra parte, si usted consintiera en vivir aquí, muy pronto se arrepentiría, y tal vez me cobrara al fin mala voluntad por haberle cogido la palabra demasiado pronto...

Así diciendo, Marcelina estrechó afectuosamente las manos de Santiago, añadiendo:

– Se lo repito; somos demasiado viejos para pensar en el amor... ¡Gracias, y adiós, Sr. Santiago!... Será preciso que se vaya usted mañana, porque si permaneciera aquí habría habladurías... ¡Adiós!

Santiago marchó al día siguiente, y mientras que el ómnibus rodaba sobre el empedrado desigual de la calle Mayor, Marcelina, oculta detrás de sus geranios, enjugaba una lágrima al oir el sordo rumor de las ruedas, que la parecía el último eco de su lejana y prosaica juventud.

Ciertas vides vuelven á florecer algunas veces cuando las uvas de los tallos inferiores comienzan á ennegrecerse; la flor exhala todavía penetrante perfume, pero nada más; su polen no es bastante fecundo, y el racimo tardío no llega nunca á su estado de madurez. Lo mismo sucede con los amores que nacen demasiado tarde, y he aquí por qué Santiago Fanvel se ha conservado soltero.

Traducción de E. L. Verneuil



Una tarde, su conversación con Marcelina se prolongó más que de costumbre (pág. 316)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA CALEFACCIÓN ELÉCTRICA

¿Hasta qué punto es racional y aun económico recurrir á la energía eléctrica como procedimiento de calefacción?

Cuestión es ésta que nos parece interesante examinar en vista del creciente desarrollo de las distribuciones de energía eléctrica y de las salidas que actualmente se buscan para la utilización de la misma durante el día.

Ante todo, es evidente que desde el punto de vista económico sería absurdo querer utilizar la energía eléctrica como agente *general* de calefacción de una habitación, por ejemplo, porque aun poniendo dicha energía al precio módico de 50 céntimos el kilowat-hora (en Francia cuesta de 70 céntimos á 1,75 pesetas) resultaría un precio mucho más elevado que el de la combustión directa con el carbón de cok. Pero el elevado precio que indicamos nos es prohibitivo en todos los casos, teniendo en cuenta las cualidades especiales del modo de producción de este calor. En efecto, el calor producido por la corriente puede regularse á voluntad como cantidad y como temperatura alcanzada con la mayor facilidad; prodúcese instantánea y voluntariamente en el seno mismo del recinto ó del medio que ha de calentarse por la simple maniobra de un interruptor, sin desprender humo, olor, vapor ni polvo.

Estas propiedades preciosas del calor producido por la energía eléctrica han sido útilmente aplicadas en una porción de circunstancias. Así, por ejemplo, en América durante el último invierno muchos tranvías eléctricos han sido calentados por medio de una corriente eléctrica tomada de la canalización general que mueve el vehículo. También en una población americana se ha fundado un taller de planchado de ropa blanca, cuyas planchas se calientan de una manera continua por la corriente proporcionada por una fábrica central, la cual corriente llega á las planchas por medio de conductores muy finos, merced á lo cual conservan aquéllas durante el trabajo la misma temperatura y se asegura de este modo una labor más homogénea y más continua.

En Europa mismo existen aplicaciones de energía eléctrica á la calefacción doméstica y á la cocina actualmente instalada por Mr. Compton en el Crystal Palace de Londres. En ésta, la corriente que eleva el fondo del utensilio á la temperatura necesaria para la operación culinaria que se ha de practicar, atraviesa un hilo de cobre en zigzag introducido en el esmalte de que forma el fondo del referido utensilio, siendo fácil regular la corriente por medio de un reostato y mantener el fondo del aparato de cocción á la temperatura deseada.

La cuestión de la aplicación de la energía eléctrica á los usos domésticos está en la actualidad suficientemente madurada para que el profesor Ayrton, miembro de la *Societé Royale*, haya dado hace poco en la *Institution Royale* una conferencia sobre la distribución de la energía eléctrica.

M. Ayrton ha hecho varios experimentos para determinar el consumo de energía correspondiente á un determinado número de operaciones culinarias y ha encontrado que con menos de 7 wats-hora una sartén eléctrica alcanzaba la temperatura necesaria para freir la manteca y que la misma cantidad de energía bastaba para la perfecta cocción de una tortilla en 90 segundos. El precio de la cocción de la tortilla por este procedimiento, no menos eléctrico que expeditivo, resultaría, aun en París, donde la energía eléctrica cuesta muy cara, inferior á doscéntimos, precio módico que se explica por el hecho de que si el calor producido por el carbón cuesta, en cantidades iguales, menos que el producido por la energía eléctrica, en cambio sólo se utiliza una pequeña parte de calor en cada una de las operaciones verificadas, de modo que la mejor utilización compensa el mayor precio. Esto mismo se ha observado, aunque en proporciones más pequeñas, en los fogones de gas, que promueve otras objeciones concernientes á la combustión del gas y á los productos de esta combustión. De lo dicho resulta que no hay que desechar sistemáticamente la calefacción eléctrica en todos los casos, sino que, por el contrario, conviene escoger desde luego las aplicaciones posibles é inmediatas.

No se pasarán seguramente muchos años sin que en todas las habitaciones de una casa cómodamente dispuesta encontremos instaladas tomas de corriente para los mil y un pequeños servicios que podrá prestar la corriente eléctrica: en los dormitorios, la electricidad calentará la cama en invierno y ventilará el cuarto en verano; en el tocador calentará el agua y los hierros de rizar; en la cocina moverá la máquina para limpiar cuchillos, molerá el café, batirá los huevos, cocerá los manjares; en las escaleras impulsará los ascensores, y finalmente se utilizará para infinidad de servicios domésticos con mayor prontitud, facilidad y limpieza que hasta hoy se viene ejecutando.

La calefacción eléctrica no es, pues, otra cosa que una de las mil formas de energía eléctrica doméstica de que disfrutaremos, á no dudarlo, antes de que termine el presente siglo.

E. H.

MONOS Y GATOS

Difícil es negar la inteligencia de los animales, la verdadera facultad de inducción que muchas especies de ellos poseen y que no es posible confundir con las facultades instintivas. El gato y el mono nos ofrecen de ello curiosos ejemplos, advertidos por testigos dignos de entero crédito, y algunos vamos á exponer tomándolos de la excelente obra de M. Romanes *La inteligencia de los animales.*



Fig. 1. Inteligencia de los gatos.—1. Gato abriendo una cerradura.—2. Gato llamando la atención de los transeuntes para que llamen á la puerta de su casa.—3. Gato atrayendo á los pájaros por medio de migas de pan

Las especies salvajes de la raza felina son de naturaleza insociable, feroz y rapaz: ni el león, malamente denominado el rey de la creación, ni el tigre son valientes, y á menos de ser heridos, sólo por sorpresa atacan. El gato participa de estas cualidades, pues es cobarde y poco sociable, y más apego tiene á la casa que á las personas: por su corpulencia y por su estructura anatómica se parece al gato montés, del que, sin embargo, se diferencia por su carácter, puesto que en la serie zoológica no hay animal más refractario á la domesticación que el último citado.

Uno de los rasgos notables del gato es su crueldad para con cualquier presa que caiga en su poder. ¿Quién no ha visto alguno jugando con un ratón y gozar, con satisfacción visible, con el terror y los sufrimientos de su víctima? Y ello no obstante, ¿tiene el hombre derecho de admirarse de tan crueles sentimientos? ¿tan difícil es hallar algunos ejemplos tristísimos de otros análogos en su propia historia? A los gritos de los cristianos despedazados por las fieras, lanzábanse los romanos á la arena del circo para regocijarse con los suplicios de hombres á ellos iguales; conocidos son los odiosos tormentos que los mejicanos infligen á sus víctimas y las torturas que los indios hacen sufrir á los prisioneros que caen en sus manos. Y en nuestros países mismos las multitudes que se agolpan alrededor de un patíbulo y los que frenéticamente aplauden la muerte de los caballos y de los toros en la plaza, son pruebas de que no es la crueldad patrimonio exclusivo de los animales.

Pero si el gato es falso y cruel, en cambio desde el punto de vista intelectual posee dotes en extremo notables. Romanes dice haber visto varias veces á un gato abrir una puerta que separaba su vivienda de la cuadra: observábale desde una ventana sin que le viera el gato, el cual indolentemente se dirigía á la puerta, agarrábase de un salto con una mano al pomo de la misma, apretaba con la otra el muelle y con las patas traseras imprimía á la puerta la sacudida necesaria para que se abriera (fig. 1, núm. 1). ¿No hubiera obrado de igual manera un hombre? Couch *(Manifestaciones del instinto)* afirma haber conocido un gato que, por un procedimiento casi análogo, encontraba la manera de abrir un armario en donde la dueña de la casa encerraba la leche, y en una memoria recientemente leída en la Sociedad Linneana de Londres, M. Otto refiere el caso siguiente: un gato había sido encerrado en un cuarto sin otra salida que una ventana con bisagras cerrada por medio de un travesero con eje: el animal saltaba sobre el alféizar de la ventana, se estiraba hasta alcanzar el travesero, al que hacía tomar la posición vertical, y luego apoyándose sobre aquélla abríala merced á esta presión. Este hecho se repitió varias veces delante de los espectadores llamados á presenciarlo, y siempre el gato consiguió recobrar rápidamente la libertad.

Cuando un gato no puede abrir por sí mismo una puerta, apela á otras estratagemas. Un secretario de la embajada francesa en Inglaterra paseábase en cierta ocasión por las calles de Londres, cuando de pronto un gato fué á rozar suavemente su pierna: al principio no hizo caso de esto; pero habiendo el animal repetido el juego, no pudo menos de fijar en él su atención. El gato al ver que le miraba volvióse, y con la expresión de sus ojos pareció suplicarle que le siguiera, como así lo hizo el paseante sorprendido por tan extraña aventura. A los pocos pasos detúvose el animal delante de una casa, subió rápidamente los pocos escalones que la separaban de la acera, y sin dejar de mirar si su acompañante le seguía saltó hacia la campanilla como indicando su deseo (fig 1, número 2): M. X. llamó y refirió lo sucedido al criado que salió á abrirle y que le contestó sencillamente: «Es nuestro gato que tiene la costumbre de salir á dar un paseo, y cuando quiere volver suele llamar la atención de los caballeros que encuentra al paso hasta dar con uno que consiente en seguirle.»

Hay actos en que el razonamiento es aún más evidente. Una gata sin leche llevaba á sus pequeñuelos pedazos de pan para suplir el alimento que les faltaba. M. J. Stevens, juez de Nuevo Brunswick, paseábase un día de invierno por su jardín, cuyo suelo estaba cubierto de nieve: un pitirrojo fué á posarse sobre un arbusto á un metro de altura, y un gato que por allí rondaba acercóse furtivamente hasta llegar á una pequeña distancia del pájaro; pero la nieve ofrecía demasiado poca consistencia para que pudiera dar un brinco y apoderarse de la codiciada presa, por lo cual el animal, sin intentar una prueba cuya inutilidad comprendía, procuró hacer que el pitirrojo volase á un sitio más propicio para sus planes. El pájaro, sin embargo, aterido de frío, no parecía muy dispuesto á darle gusto, y en tanto era curioso ver las maniobras del gato, sus esfuerzos para espantar al avecilla: al cabo de un rato, ésta fué á posarse más lejos, con gran contentamiento de su perseguidor, que acechaba sus menores movimientos y que se apresuró á seguirla, ocultándose detrás de cada arbusto con habilidad extraordinaria, hasta que al fin, habiendo encontrado un punto á propósito lanzóse de un salto sobre el pájaro, y aunque su intento resultó vano, ¿cómo negar la inteligencia con que había preparado el éxito de su plan?

Esta inteligencia aparece no menos claramente en el acto del gato escarbando la nieve que cubría algunas migas de pan y colocándose luego en acecho para coger á los pájaros que fuesen á comerlas (fig 1, número 3). Rasgos de estos abundan; y si dispusiéramos de espacio, la dificultad consistiría en escoger en medio de tanta abundancia de ejemplos.

Si es imposible admitir que el mono pueda contarse en el número de nuestros antepasados y menos aún en el de nuestros primos, preciso es en cambio reconocer que por su conformación anatómica y fisiológica se aproxima al hombre y que, á pesar de la inmensa distancia que nos separa, es, desde el punto de vista fisiológico, el mamífero más parecido á nosotros. Es muy susceptible de educación y cuando está domesticado desempeña ventajosamente importantes papeles en escenas curiosas como la que reproducimos, tomándola de una fotografía (fig. 2), y que en su tiempo produjo gran efecto y excitó mucho la hilaridad de cuantos la presenciaban. Pero en libertad es como conviene estudiar á los monos para apreciar mejor sus facultades naturales.

La idea de la muerte no parece ser extraña á esos animales, por lo menos á algunas especies de ellos. Un cazador mató un día una hembra y se la llevó á su tienda, y al poco rato vióse rodeado de unos cuarenta miembros de la tribu que aullaban y gesticulaban, y á los cuales pudo ahuyentar encarándoles su fusil, cuyo mortífero efecto parecían comprender perfectamente. Un mono viejo, evidentemente el jefe de la banda, no huyó, sin embargo, con los otros, sino que avanzó hacia la tienda, y viendo que sus furores eran inútiles echóse á gemir y á llorar de un modo tan lastimero que el cazador movido á compasión le entregó la víctima. El mono cogió prontamente el cadáver en brazos y lo llevó adonde estaban sus com-

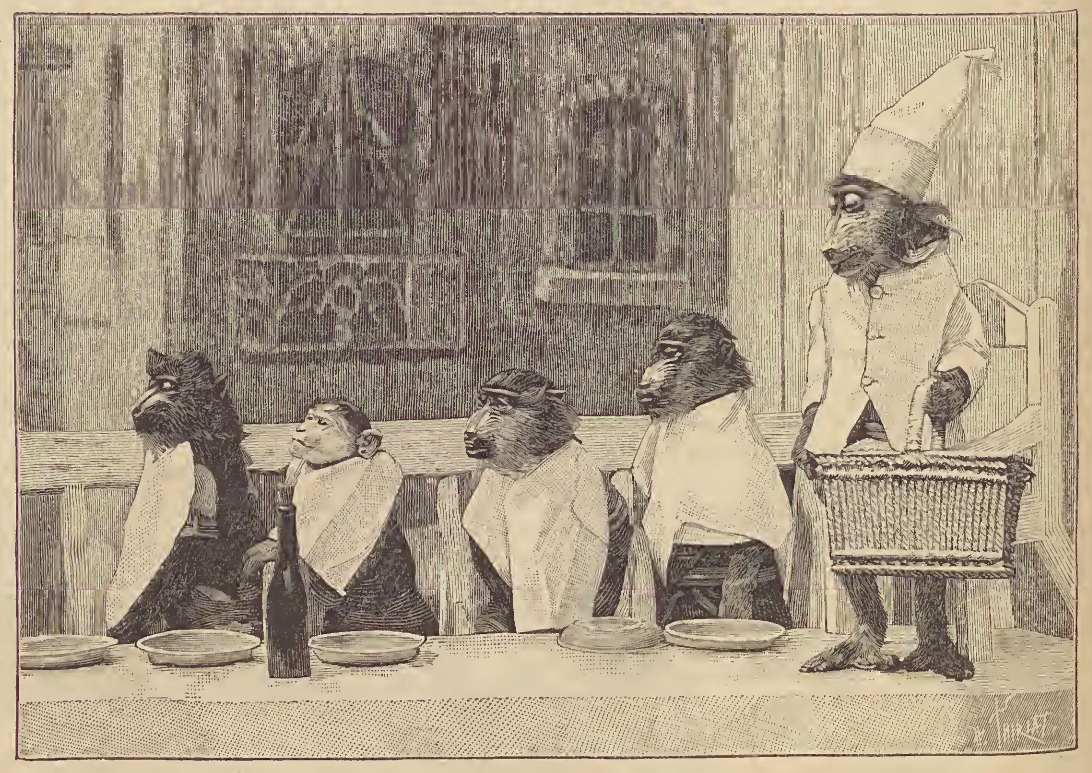


Fig. 2. Los monos sabios en la mesa. (De una fotografía instantánea.)

pañeros que, al parecer, le esperaban ansiosos, y juntos desaparecieron todos en el bosque, sin que los testigos presenciales pudieran ver en qué paraba esta escena que no dejó de conmoverles.

Aunque el mono no parece poner afecto, como el perro, en aquellos que le prodigan sus cuidados, no carece, sin embargo, de cualidades afectivas y muchas veces se les ve compadecerse de sus camaradas heridos ó enfermos. El dueño de una plantación tenía en su jardín un gran número de jibones que vivían en los árboles y que cada mañana acudían á recibir los frutos que les distribuía: un día un macho joven se dislocó una mano, y los demás desde entonces cuidábanle con gran solicitud, distinguiéndose entre ellos una vieja macaca que se apresuraba á llevarle los primeros plátanos que le daban. Este hecho se repitió todos los días hasta que el mono curó y pudo volver á la vida ordinaria. También encontramos en los monos facultades de un orden superior, como la observación y la reflexión, por ejemplo. Rengger refiere que la primera vez que dió huevos á los monos del Paraguay los rompieron, perdiendo de este modo una gran parte de su contenido, pero pronto aprendieron á partir la cáscara y á mondarlos como cualquier persona pudiera hacerlo. Otra vez puso en un cucurucho de papel entre varios terrones de azúcar una avispa que al emprender su vuelo picó al mono que había abierto el cucurucho: desde aquel día ningún mono



Fig. 3. Mono subido á una silla para alcanzar el picaporte de una puerta

se dejó engañar, y antes de deshacer el paquete lo aproximaba á su oreja y lo sacudía fuertemente para asegurarse de que no contenía aquel dañino insecto.

Los monos saben, en caso de necesidad, servirse de medios mecánicos para conseguir sus fines: rompen con guijarros las conchas de los crustáceos para regalarse con su contenido, y aun hay quien asegura que introducen una piedra entre las conchas de las ostras entreabiertas para evitarse el tener que romperlas. Se cita también un mono que para impedir que se cerrara la puerta de su jaula colocaba una manta que le habían dado para abrigarse de manera que evitase un inconveniente que no le dejaba correr á su antojo. El orangután de Cuvier tenía la costumbre de arrastrar una silla de un extremo á otro de la habitación para alcanzar el picaporte que quería abrir (fig. 3).

En resumen: entre los monos, como entre los gatos, encontramos actos preparados por un verdadero razonamiento y realizados con perfecto conocimiento del fin que se proponen lograr. El lector decidirá si se trata de actos puramente instintivos ó si, por el contrario, conviene más atribuirlos á facultades que hasta ahora todo el mundo estaba sobradamente dispuesto á considerar como exclusivamente humanas.

Mis DE NADAILLAC

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

Conferencias culinarias, *por Angel Muro.* – El distinguido escritor D. Angel Muro, que con tanto y tan justo éxito ha sabido unir en amigable consorcio el fogón y la literatura, haciendo una cocina literaria sabrosísima y una literatura coquinaria de deleitosa lectura, y sustituyendo las antiguas macarrónicas recetas con fórmulas nuevas, originales, elegantes, que se leen con tanto gusto como se saborean los exquisitos platos en ellas explicados, ha querido dejarnos un recuerdo de su viaje por Cataluña y de su estancia en nuestra capital, publicando aquí el tomo XXV, primero del tercer año, de sus por todos celebradas *Conferencias culinarias.* Once fórmulas contiene el librito, según reza el índice; pero por incidencia se explican en el texto una porción más. Hay sobre todo en él una disertación acerca del asado, que vale casi por el resto del libro. El nuevo tomo de *Conferencias culinarias,* va precedido de una ingeniosa carta en catalán, dirigida á D. Angel Muro por el conocido escritor señor Roca y Roca, en la que éste ensalza los platos más sabrosos de la cocina regional de Cataluña y excita al *Mestre Coch y home de lletras* á que consagre su atención á los mismos explicando *urbi et orbi* cómo se confeccionan. El Sr. Muro, recogiendo en parte la excitación, dedica su último tomo de *Conferencias* á nuestra ciudad y á nuestras gentes, para las que tiene entusiastas frases de elogio: de esperar es que en breve veremos descritos por su elegante pluma los guisos que tan merecida fama han valido á las buenas cocineras de nuestra tierra. El librito vale, es decir, cuesta, porque valer vale mucho más, una peseta y se vende en todas las librerías.

Los que quieran pasar un buen rato de lectura deben comprarlo; los que quieran comer bien, que pongan en práctica sus preceptos.

***

Manual de Ginecología operatoria, *por el Dr. F. Vidal Solares.* – La fama justamente alcanzada por el Sr. Vidal Solares nos releva de entrar en el examen de esta obra, en la cual se estudian todas las enfermedades que con los órganos sexuales de la mujer se relacionan; se explican minuciosamente las operaciones quirúrgicas que para su curación deben de practicarse, según los últimos adelantos de la ciencia, y se completa tan importante trabajo con sabios preceptos sobre la medicación intra-uterina. Multitud de grabados ilustran la obra, de cuya bondad son segura garantía los vastos conocimientos que merced al estudio y á la práctica en los hospitales de París y en su numerosa clientela ha adquirido el reputado médico Sr. Vidal Solares.



AGAR, cuadro de Teodoro Schmuz Baudin

***

Vestizione (Ricordo di un'amica), *versi di Ovidio Bardo.* – Un poemita lleno de inspiración y sentimiento, escrito en armoniosos versos del conocido poeta italiano Ovidio Bardo.

***

El sitio de Gerona en 1653, *por D. Emilio Grahit y Papell.* – Interesante folleto en que, tomando los datos de documentos inéditos, se describe el memorable sitio que en tiempo de Felipe IV sostuvieron los gerundenses entre las tropas francesas que ansiaban agregar á su reino la región catalana y que hubieron de desistir de su empeño, valientemente rechazados por los heroicos esfuerzos de la inmortal ciudad, acaudillados por el marqués de la Sierra, el barón de Sabuch y D. Antonio de Zúñiga. Su autor ha añadido con ella una obra importante al largo catálogo de las que lleva publicadas y que le han valido el título de socio correspondiente de la Real Academia de la Historia. – Véndese al precio de 75 céntimos de peseta en Gerona en las librerías de D. Paciano Torres y de D. José Franquet y Serra.

***

La tórtola herida, *por M. Hernández Villaescusa.* – Bien á las claras se ve, leyendo la novela del Sr. Hernández Villaescusa, que éste ha estudiado á fondo y con provecho las obras de uno de los más ilustres novelistas españoles, del escritor regionalista por excelencia, del narrador de costumbres populares de aquella región del Norte de nuestra península que bañan las aguas del Cantábrico. Este es el mejor elogio que podemos hacer del libro que nos ocupa, pues imitar con acierto lo bueno es bastante más difícil que inventar un género malo ó siquiera mediano. En *Tórtola herida* hay todos los elementos indispensables para una buena novela: la acción es interesante y sencilla y se desarrolla naturalmente hasta llegar á un desenlace lógico y sentido; los tipos están perfectamente retratados; el lenguaje castizo se realza con diálogos de un sabor popular que deleita, y la más intachable moral campea en la forma y en el fondo. – El libro, que forma un elegante tomo de más de 250 páginas, véndese en las principales librerías al precio de 1,50 pesetas.

Imp. de Montaner y Simón